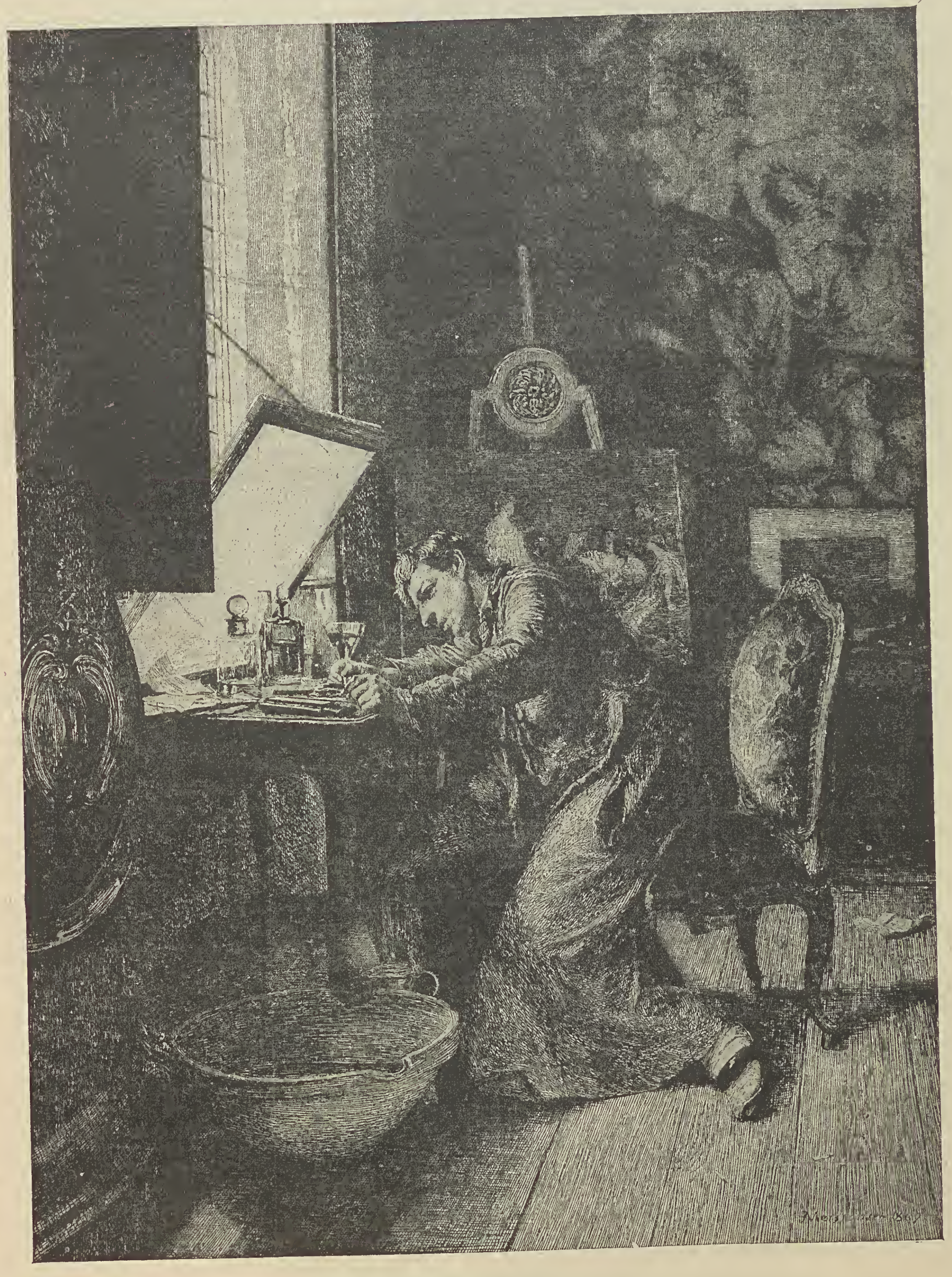
La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 16 de marzo de 1891 — Núm. 481

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS DE MEISSONIER



EL GRABADOR AL AGUA FUERTE, copia de un cuadro de Meissonier

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Viaje á París de la emperatriz Victoria. - Su influencia en las Bellas Artes. - Los pintores franceses. - El paso de la emperatriz y de la princesa Margarita por Saint-Cloud. - Descripción y recuerdos de este sitio. - Las visitas de ambas princesas á Versalles. - Descripción y recuerdos de este palacio. - Un libro póstumo sobre las tierras egipcias. - Una solemne audición del poema de Parsifal en Madrid. - La última comedia de nuestro Echegaray. - Conclusión.

I

La última quincena de febrero y los primeros días de marzo caracterízanse por un hecho tan extraordinario como el viaje de la emperatriz Victoria y su hija la princesa Margarita desde Berlín á París. No corresponde á estas crónicas, meramente literarias y artísticas, juzgar tales hechos en su relación muy natural con la política, sino en su relación menos natural con las artes y con las letras. Un hecho, trascendente, y mucho, á la suerte de los Estados, empieza por conmover á las artistas. Y aquí entra la intervención lógica nuestra en el juicio que tal hecho merece. Nuestra Europa necesita para vivir de relaciones pacíficas entre sus pueblos. Lo que unos producen han de consumirlo por fuerza otros. Las ideas que unos encuentran, por necesidad han de servir á todos. Hay un cielo que se llama el espíritu público y un éter que se llama el ideal moderno en este mundo europeo, los cuales deberán por fuerza dilatarse á una sobre todas las frentes y mover todos los ánimos. Pues cuando no podéis retener los pensamientos y los productos humanos tras cada frontera y límite, no podéis fundar sociedades, tan efusivas, en el odio y en el combate. Las dos naciones que más en Europa se querían y se buscaban intelectualmente, fueron, á no dudarlo, Alemania y Francia. Existía en ésta una legión de publicistas y escritores consagrada con viva fe á revelar Alemania; existía en Alemania otra legión de publicistas y escritores consagrada también á revelar Francia. Estalla la guerra y se modifica todo esto. Los golpes dados al suelo nacional resuenan en el espíritu nacional también. Y los escritores, que representan á la patria desmembrada y á las generaciones sobre cuyo nombre ha caído el horror y tristeza de tal desmembración, jamás podrán perdonárselo á Germania, jamás. El tiempo, sin embargo, tiene una tan grande virtud intrínseca en sí mismo, que hasta los más vivos dolores embota. Y por su obra iban limándose algo las puntas opuestas por uno á otro y entendiéndose tan feroces enemigos. Las almas de Francia solían pasar á Germania y las almas de Germania por su parte á Francia, como en las costas acostumbran á volar las aves marinas en el aire terrestre y las aves terrestres en el marino aire. Los publicistas, los médicos, los sabios habían cruzado ya desde una parte á otra; y los artistas, más obedientes al corazón y á sus sugestiones, habían comenzado también á cruzar. Uno muy célebre por la fidelidad con que sabe trasladar á los lienzos las desgracias francesas, Bataille, púsose resueltamente á iniciar un comienzo de cordial aproximación, prometiendo llevar sus cuadros al próximo certamen de Berlín. El paso no sentó mal, ni en Francia; y muchos ya se apercibían á seguirlo, cuando tiene la emperatriz madre de Alemania una idea desacertadísima, la idea de presentarse á los parisienses en París. A tal acto los espectros de tanto muerto penetran como almas en pena dentro del espíritu público y los recuerdos de tantas calamidades ascienden á la memoria nacional. Varios exaltados, movidos por esta neurosis colectiva, corren á renovar ofrendas en los altares, que todavía tienen por ejemplo Metz y Estrasburgo en la ciudad que fué su capital, y ponen coronas en el busto de un artista como Regnault muerto por la patria. Estas manifestaciones promueven agitación procelosísima, y á su influjo los pintores á una se retraen, decidiendo no concurrir á Berlín.

II

El poeta Deroulede, poco sesudo en verdad, y diversas gentes de su particular secta ó partido, todas ellas exaltadísimas, excitaron los ánimos por su parte; mas la emperatriz Victoria y la princesa Margarita no contribuyeron poco á esta sobrexcitación. Prescindamos del viaje. Pero ya que arremetieran irreflexivas con la temeridad increíble de realizarlo, debieron circuirlo de la reserva mayor posible. Pero no: subieron á las torres, bajaron á los tugurios tristemente, sin adivinar en su inconsciencia los peligros que hacían correr á dos grandes pueblos. Lo peor de todo fué ir á Saint-Cloud y á Versalles. ¿Os acordáis de lo que fuera un día Saint-Cloud y de lo que hoy es? Lugar delicioso aquel, si hay delicia cumplida cuando el sol no luce como nuestro sol, ni ostenta el cielo azul los esmaltes y reverberaciones de nuestro claro cielo. Cabiendo la hermosura donde falta la luz, bien puede asegurarse que son aquellos sitios hermosísimos. En el horizonte brumoso, entre la indecisión de los cambiantes vapores, el inmenso París, sobre el cual campean las semibizantinas torres de Nuestra Señora, las agujas góticas de la Santa Capilla, las rotondas romanas del Panteón y los Inválidos, los torreones feudales de la Conserjería, las grecas italianas del Louvre, las alturas de Montmartre, henchidas de esparcidos caseríos y coronadas por molinos de viento; al pie, cerca de la posesión regia, el Sena, que forma como verde media luna, y el bosque obscuro de Boulogne, cuyos encinares y carrascales, un tanto achaparrados, componen como espesa é intrincada selva; por la izquierda, los montecillos sembrados de quintas y de aldeas, ocultas entre huertos, verjeles y prados, eternamente verdes y eternamente húmedos; por la derecha, las arboledas interminables y espesas, de las que surgen los campanarios blanquecinos y las famosas poblaciones de Sevres y de Meudón, ambas asentadas en sus graciosas colinas que los viñedos y los manzanares cubren, y ambas sombreadas por viciosísimo follaje; aquí, allá, en torno de la pesadísima pero colosal quinta, jardines en los cuales álzanse á cada paso estatuas que parecen grupos de cortesanos por lo artificiosas, fuentes que parecen esclavas por lo sometidas á combinaciones materiales, y alamedas que parecen pelucas por lo recompuestas, indicando cómo el absolutismo de Luis XIV, transmitido á sus descendientes en tradiciones que formaban un gusto ya histórico y componían una estética ya admitida, ese absolutismo, no contento con vejar la humana libertad, oprimía bajo su férreo cetro á la misma Naturaleza. En tal sitio fué donde la reina María Antonieta y el orador de la revolución Mirabeau se vieron y se hablaron, allá por el alto Kiosco, que ocupa hoy triste solitario, quien presta sucio anteojo de larga vista para ver la ciudad de París radiante de vida y las devastaciones de la guerra franco-prusiana ensangrentadas por el combate y ennegrecidas por el incendio. La reina llevaba sobre sus sienes la luz mortecina del mundo que se iba, hermoseado sin duda en ella, última personificación de su grandeza, que debía semejarse en hora tan solemne á dulce sirena, de las que, según cuenta Plutarco, retenían con sus cánticos por las ondas del Tirreno y del Egeo la vida moribunda en los cuerpos casi yertos de los dioses caídos allá por el postrer crepúsculo de la mitología y del paganismo. Mirabeau, herido ya de muerte por el trabajo y por el placer; granizado el rostro de viruelas; ancho de espalda como esos alcides que sostienen, á guisa de pilastras, los colosales monumentos; nervudo de brazos como cumplía á quien derribaba las instituciones seculares con sólo accionar airado y amenazador en la tribuna; de pecho que hervía y resollaba como una fragua; de mirada fulminante, cual la tempestad; de ideas en que á la sazón se abrasaban los pueblos, asemejábase, con las heridas alcanzadas en tantos asedios y las tristezas contraídas en tantos ciclópeos trabajos, á uno de esos Titanes entre los cuales se hallaba Prometeo, que había blandido en sus manos las llamas del Etna y aglomerado bajo sus pies montañas sobre montañas para derribar del cielo á los dioses y apoderarse de su fuego creador y de su envidiada omnipotencia. El recuerdo trágico de tal escena histórica, el verjel continuo por allí extendido, las verdes aguas del río serenísimo, los deliciosos sitios de un encanto muy dulce, hacen de aquel antiguo paraje, tanto tiempo habitado por los reyes y los emperadores de Francia, un verdadero idilio vivo, en el cual acostumbran á holgar y recrearse los parisienses. ¿Qué hicieron los alemanes allí? Talar los jardines, destruir las casas, incendiar los palacios. No puede la guerra de otro modo hacerse; lo conozco yo muy bien. Pero ya que á tal fatalidad estamos los humanos en la triste contingencia nuestra sujetos, que no la enconen y no la recrudezcan los mismos necesitados de olvidarla y encubrirla. Mas no pararon aquí las imprudencias imperiales; hija y madre, la emperatriz Victoria y la infanta Margarita, se fueron también á Versalles. ¿Recordáis lo que significa Versalles en la historia de Francia y en las relaciones entre Francia y Alemania?

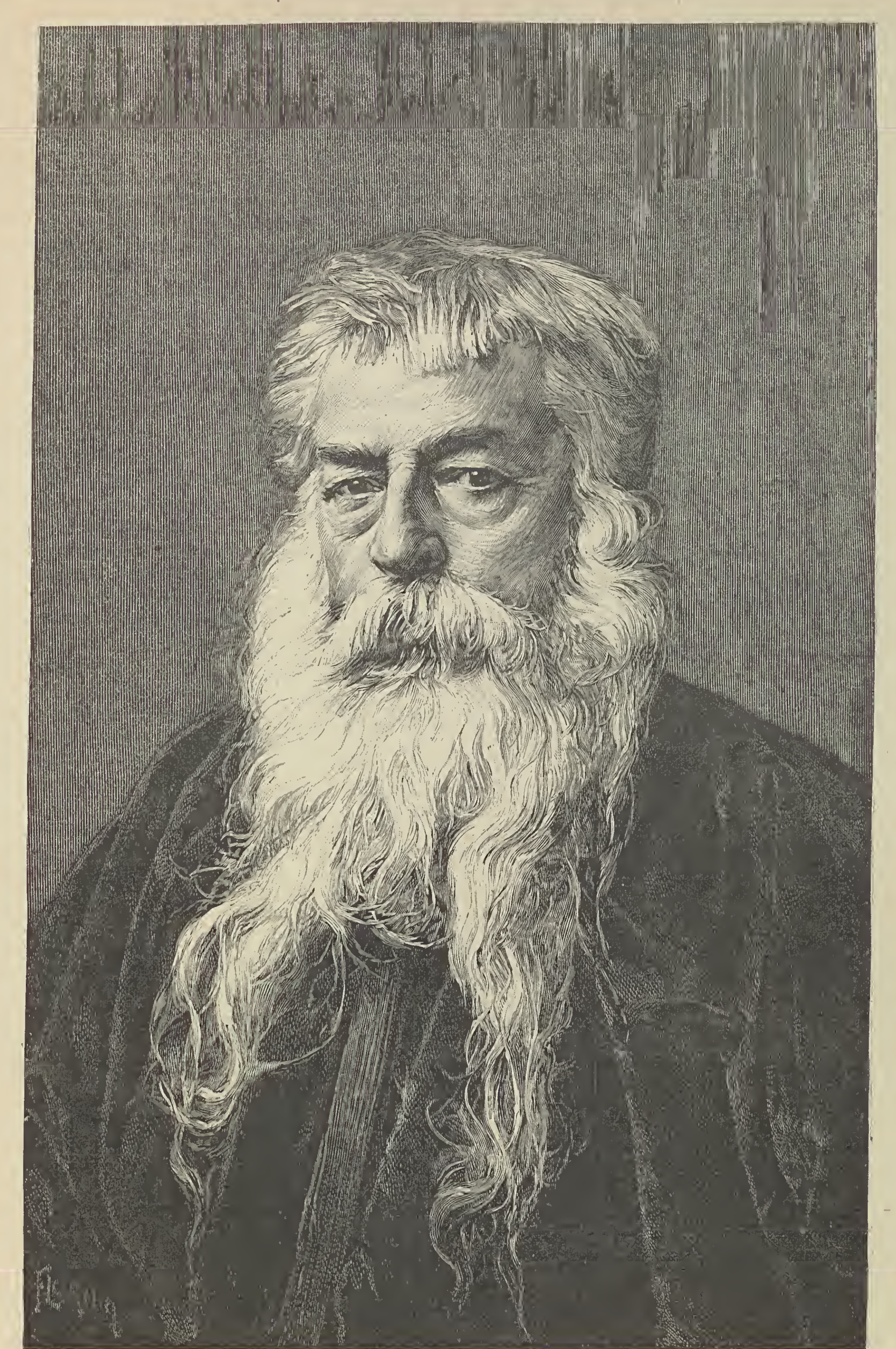
III

Versalles ha tenido en lo pasado, y conservará en lo porvenir, el carácter de la ciudad predilecta del absolutismo. Los reyes de derecho divino sentían repugnancia invencible á vivir en medio del pueblo. Francisco I se iba á Fontainebleau; Carlos V se encerraba en Yuste; Felipe II se construía para sí el Escorial; Luis XIV debía construirse Versalles. Allí, en la soledad, los reyes sólo descubrían sus propias personas y los remedos de sus personas, los innumerables cortesanos. Imaginaos á Luis XIV en aquella su gloria. El territorio puede llamarse inmenso; cabría una provincia y lo ocupa un hombre. En mucho menos espacio se levanta Ginebra, que ha producido la religión de los puritanos, la cual ha educado en la libertad y en el derecho al Nuevo Mundo. La decoración es verdaderamente ostentosa. Una serie de bosques interminables rodea el santuario, otra serie de alamedas larguísimas le abre paso y presta sombra á sus caminos; las viviendas de la aristocracia se amontonan por todas partes como reducción y abreviatura de los castillos dominados por la monarquía, semejándose á filas de jaulas donde se guardaran los monstruos del feudalismo domesticado por los sucesores de Luis XI; los edificios necesarios á la servidumbre del monarca no tienen número; el gran palacio ha costado 3.000 millones de reales, según el valor de la moneda en la época de su edificación; las terrazas se pierden de vista, los estanques parecen ríos, las estatuas de bronce y de mármol no tienen número; la riqueza y la ostentación despiertan el recuerdo de los antiguos reyes asiáticos en Nínive ó en Babilonia. Pues en este sitio que recordaba glorias tan excelsas y días tan extraordinarios de los anales franceses, á la vista del sitiado París, los príncipes y reyes de Alemania entraron á resucitar en la persona del conquistador, prusiano y protestante, la vieja sombra del Imperio alemán. ¿Comprendéis ahora cómo y por qué ha París adolecido de tan profunda neurosis? ¿Comprendéis ahora cómo y por qué se han retraído los pintores franceses de la próxima festividad artística en Berlín? El punto del palacio donde más el rey Luis XIV se refleja es la espaciosa galería de cristales. Desde sus balcones veis la inmensa terraza y la galería interminable; los jardines sometidos á la misma severa etiqueta que la corte; los estanques perdiéndose de vista y circuídos de solemnes grupos, todos de una escultura decadente; los diez y siete arcos que dan sobre la gigantesca decoración de los bosques y las florestas; las veinticuatro pilastras terminadas por zócalos y chapiteles dorados; los aparatosísimos trofeos de bronce que tienen la regularidad y el corte de las pelucas gigantescas; las bóvedas ornadas por figuras alegóricas, de un gusto detestable, que sostienen guirnaldas de una riqueza increíble; los angelotes de estuco sobre las cornisas de mármol, gruesos y linfáticos, sin expresión y sin vida; los cuadros de etiqueta, solemnes en verdad, pero fríos y mentidos como las ceremonias cortesanas; el monarca rodeado de todas las divinidades del Olimpo, que parecen sus tributarias, como Neptuno ofreciéndole naves, Minerva cascos, Apolo fortaleza; espléndido lujo, bastante á justificar lo dicho por San Simón en palabras verdaderas y felices: «que se hubiera hecho adorar como un Dios, á no tener tanto miedo al diablo.» Pues bien: allí, en tal galería, museo de tantas glorias, templo de tantos recuerdos, centro de innumerables grandezas, proclamaron los alemanes el Imperio como una fortaleza contra Francia. Y allí ha ido la emperatriz, recreándose con la evocación de hechos que desagradan y humillan al vencido. Tras todo esto no extrañaréis el

retraimiento de los pintores franceses en la próxima Exposición de Berlín.

IV

Ya que hoy nos han obligado sucesos independientes de nuestra voluntad á describir mucho, para presentar los escenarios de la Historia contemporánea, describiremos paisaje tan opuesto á Versalles como Egipto. Muévenos á ello lo mucho que han embargado el interés europeo una discusión parlamentaria y un libro reciente. La discusión, empeñada en el Parlamento de Londres, hase referido á la evacuación del Egipto por la tropa inglesa, como á su vez la reciente publicación versa sobre las emociones que despierta Egipto en los franceses. Han propuesto el abandono de las orillas del Nilo aquellos que las ocuparon, los partidarios de Gladstone; y han publicado el libro los herederos y sucesores de un escritor malogrado hace poco, el ingeniosísimo Charmes. Por una ley de la historia suelen las irrupciones verificarse de Oriente á Poniente, de Norte á Mediodía. Y por una ley de la vida, los pasajeros que abandonan regiones húmedas como Inglaterra, ó boreales como Rusia, corren al Mediodía. Mucho podrán decir de esto Nápoles y Pisa en Italia, Cannes y las islas Hyeres en Francia, Sevilla y Málaga en la península nuestra. Pues bien: los emigrados corren hoy hacia Egipto. Rusos, ingleses, alemanes, paséanse á una por las orillas del Nilo como por las orillas del Guadalquivir ó por la babía de Cádiz. El precioso libro de Charmes así lo certifica. Y tienen razón. Los árabes han pintado en sus geografías descriptivas, por medio de imágenes tan hermosas como exactas, aquella tierra, primero mar de agua dulce cuando la cubren sus inundaciones periódicas; después tapiz multicolor de flores olientes cuando á las inundaciones suceden florescencias y fructificación; por último, estepa polvorosa y cenicienta tras cosechas y recolecciones. Cielos espléndidos de Oriente, realzados por iris con facetas tan lustrosas como brillantísima pedrería; suaves aires, donde los aromas exhalados de cálices y corolas embriagan el sentido y las refracciones de una luz indecible lo tiñen todo con colores entre anaranjados y violáceos: árboles siempre verdes, pues ni las palmas ni los olivos pierden su follaje; flores de un rojo cual el del granado y de un aroma cual el del jazmín; pájaros del trópico, pintados de tal suerte, que llevan en su cola una paleta, y pájaros del Nilo vestidos con plumajes de plata y rosa, de carmín y oro; por las alturas de la atmósfera el polen llevado en alas de suaves brisas y por las profundas aguas el sacro loto flotando en la cristalina superficie; frutas sápidas y terrones bien olientes: he aquí todo cuanto produce aquel Egipto, donde se renueva la grande abundancia del edén, como si no hubieran ni hombre ni tierra sufrido él dolor, consecuencia del pecado. No extrañemos que si la naturaleza ofrece todos estos encantos, convidando á vivir en sus brazos y á respirar el aire libre y á recoger en la retina deslumbrada una luz tan intensa, el hogar de los pobres generalmente diste poco de la primera cabaña y sirva como refugio al sueño y al breve recogimiento de los pocos días inclementes que puede haber en aquellas bienhadadas regiones de tal y tanta vida. Por el Nilo se deslizan las barcas, bien de negro ébano, bien de común papiro, semejantes en sus formas gallardas á las acuáticas aves, propias de tales hermosas riberas. Bajo el toldo de las palmas, por montículos y repliegues cubiertos de alhucemas y salvias, entre los terebintos y los plátanos, juegan los niños, mientras las mujeres, envueltas en sus túnicas rayadas de colores, desnuda la cabeza y desnudos los pies, las pulseras en el puño y el tobillo, los zarcillos á los lados del rostro, cogen agua vertida por los cangilones de la noria en acequias sombreadas de higuerales y moreras. Vasijas de barro brillante guardan todo lo necesario á extinguir la sed en aquellos climas y aquellos parajes tan calurosos, y las piedras cubiertas de ramajes ofrecen las frutas á la nutrición sencilla de razas tan sobrias. Y los varones de la familia, mientras unos pescan y otros emplean sus fuerzas en el diario trabajo, los más componen labores á mano, ó examinan ó distribuyen los frutos recogidos en las continuas cosechas. Tal vida pasaban las razas que allí vivían en sus relaciones con la naturaleza.



JUAN LUIS ERNESTO MEISSONIER, ilustre pintor francés
Fallecido en 31 de enero de 1891

V

Hablemos nuevamente de Wagner y Echegaray. Cuantos lean estas crónicas, donde recojo lo que pasa de más bulto en artes y ciencias y letras, extrañaránse con seguridad mucho de la frecuencia con que sobrevienen uno y otro nombre á la consideración pública. Pues para ello sobran motivos. Echegaray llena los teatros de verso en Madrid y Wagner llena los teatros de canto en Europa. El primero intentó una revolución en la dramática y el segundo intentó una revolución en la música. Propendiendo todo á la realidad y al realismo en España, Echegaray evocó una poesía idealista sobre las tablas españolas; y propendiendo todo al clasicismo y á lo clásico en Alemania, Wagner intentó la ópera verdaderamente romántica sobre las tablas alemanas. Echegaray vaciló mucho tiempo en su verdadera vocación propia, ingeniero, matemático, publicista, orador antes de poeta; Wagner vaciló mucho tiempo antes de fijar la naturaleza de su música, imitador de Mozart y de Weber como de Meyerbeer y Rossini antes que topara con su propio íntimo carácter genial. Pero sean aquello que los dos quieran, el teatro italiano llama con el nombre de Wagner al público, y lo llama nuestro nacional teatro con el nombre de Echegaray, encontrándolo ambos á dos en crecido número. ¡Cuán admirable los trozos del Parsifal cantados por una grande masa coral, acompañada de numerosa y nutrida orquesta! Las cadencias aquellas remedan lo que hay de armónico entre lo ideal y lo real, así como la correspondencia de los tipos y arquetipos del cielo con las realidades vivas del mundo. Paréceme aquel concierto de voces la exhalación de una plegaria que sale del alma como de las estrellas el éter ó como de las flores el aroma y entra en el cielo repitiendo todavía los ecos de la tierra. Como las lágrimas y los mares amargos en la evaporación se dulcifican, las notas, que al salir de la tierra, parecen doloridas y llorosas, en cuanto suben, se tornan celestiales y bienaventuradas, como el alma despedida y evaporada en el circo sangriento y en la matanza feroz de los restos de un mártir. Un poco de monotonía encuentro en la obra; el afán por lo sencillo sólo alcanza muchas veces lo informe; hay algo de obscuro por doquier; mas cuando acierta raya en lo sublime con una felicidad portentosa. Echegaray, que ha compuesto dramas románticos, muy análogos á las obras de Wagner por la originalidad y la estructura, se ha ido en *Un crítico incipiente* por los campos de la Comedia, y nos ha dado con su gracia sana, con su ingenio saladísimo, con sus observaciones profundas, con su copia de vivas escenas reales, un aspecto nuevo de las múltiples calidades y aptitudes suyas. Aquello es un coloquio, pero un coloquio en que lo platónico se une con grande fortuna y acierto á lo aristofanesco. Las ideas más verdaderas y sólidas parecen gaseosas y aéreas por sostenerlas alas de abeja, quiero decir, una ironía zumbona y útil. De todas suertes, cualesquiera que sean los defectos suyos y las preferencias nuestras, ante dos espíritus creadores como Wagner y Echegaray precisa bajar con reverencia la frente, admirándolos sin reserva.

***



EL FILÓSOFO, cuadro de Meissonier

LA COMEDIA DE ECHEGARAY

«UN CRITICO INCIPIENTE»

POR DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

Para los que profesamos amistad verdadera al esclarecido autor de *El Gran Galeoto*, la noche del penúltimo día de febrero fué de fiesta. Veíamos á un público menos encrespado que en otros estrenos de otras obras del mismo dramaturgo, y en cambio más identificado con la que se representaba, muy dispuesto á entenderlo y subrayarlo todo; benévolo, desarmado, rendido por la noble fuerza de un goce intelectual. ¿No es cierto que este espectáculo de la fiera domesticada tiene su hermosura propia?

Tanto es bello, cuanto inesperado y sorprendente, al menos para los que no estamos familiarizados con el misterioso juego de los resortes escénicos, que resiste á los cálculos más hábiles y chasquea á los autores más duchos. Juzgando por el título de la obra (que parece el de un artículo de revista ó semanario) y por el desarrollo de las primeras escenas, yo llegué á temerme un fracaso, motivado por la dificultad de que la concurrencia se compusiese toda de literatos y críticos, únicos capaces, á mi juicio, de *entrar* francamente en el propósito del autor y seguirle paso á paso sin extrañeza ni aburrimiento. Solemos leer en los estudios consagrados á nuestro Teatro antiguo que el público de ciertas obras de Calderón, y señaladamente de los *Autos sacramentales*, necesitó encontrarse muy versado en teología para llevar, no en paciencia, sino con gusto, aquellos palabreos y coloquios entre la Fe, el Diablo, Adán y Eva, la serpiente, etc.; y yo creía que, para saborear la exposición de las ideas críticas de Echegaray y divertirse con tres largos actos de sátira literaria, convenía también un auditorio muy entendido, empapado hasta los tuétanos en lo que aquí se produce de libros, revistas y periódicos. Tenía, pues, la nueva obra de Echegaray un interés doble, un lado *experimental*, y el experimento dió brillante resultado. El público se divirtió, hasta se rió á carcajadas, en el estreno de *Un crítico incipiente*. Aunque la explosión más nutrida de risa no se debiese á un chiste literario, sino á una alusión política, el síntoma de que muchos centenares de espectadores puedan celebrar oportunamente las sales de un estudio literario festivo, se me figura en extremo favorable para nuestro estado sanitario intelectual.

Hace tiempo que observo que la crítica va siendo para el público alimento tan favorito y tan sabroso como la literatura antes llamada recreativa. Si carecen de jugo las críticas, el público no les mete el diente; si son pura erudición ó puro tecnicismo, quedan entre pocos; pero si viven, se releen al igual de la mejor novela. Conozco algún artículo reciente y substancioso, que se asimilaron con devoción, no sólo los aficionados, sino innumerables profanos. Al teatro no había llegado aún esta evolución del gusto; llegó con la comedia de Echegaray.

La tentativa no es nueva, ni nuevo en los más populares dramaturgos el deseo de *razonarse* ante los espectadores, de explicar sus teorías, exponer sus agravios, excusar sus yerros, formular su código y descubrir algo de la lucha interna que acompaña á toda labor creadora. De Lope de Vega viene el primer ejemplo, aunque no llevado á la escena, en cierto opúsculo poético eternamente memorable. El gran enemigo del romanticismo español, el secuaz de Molière y su vencedor en presentar en las tablas la crítica literaria, el Terencio hispano, Leandro Fernández de Moratín, alcanzó de un solo golpe la perfección del género, creando la página inmortal de *El Café*. Siguió sus huellas, protestando contra el neo-romanticismo, Ventura de la Vega, que hizo una hábil imitación de *El Café*, una defensa del clasicismo, no escasa de gracia y corrección, aunque á bastante distancia de su admirable modelo. Ni estos precedentes, ni alguno más que pudiera citarse, quitan á la comedia de Echegaray su valía, su *frescura* (lo que más falta nos hace para reavivar el desmayo de nuestra escena), ni disminuyen el valor sintomático del agrado entusiasta con que oyó el público la nueva producción. La sátira literaria es un género que no prevalece sino en épocas cultas; indica vigor en el pensamiento y puede preceder á transformaciones y regeneraciones; es radicalmente imposible que resista en los albores de una literatura, como sería imposible la sátira social en una sociedad generalmente grosera, que no poseyese la cantidad de refinamiento suficiente para que una parte de ella corrija y censure á la otra parte.



POLICHINELA, cuadro de Meissonier

Acaso también contribuyese al éxito de la obra de Echegaray el contraste (más aparente que hondo) entre ella y las restantes del mismo fecundo é insigne autor. Del género dramático Echegaray tiene formada la muchedumbre cierta idea, cuyo esquema podríamos trazar cruzando un puñal y una pistola, y colocando á un lado y otro del trofeo, como los tenantes de los escudos heráldicos, á un hijo *hurtado* y una dama violentada ó culpable. Siempre que Echegaray sorprenda á sus rutinarios censores revistiéndose de otra forma, buscando la nota dulce, tranquila, rehuyendo violentas explosiones de sentimientos, guardando compostura y moderación, quemando incienso á la santa Risa, único bien de la pobre humanidad, su esfuerzo será premiado con la simpatía y la aprobación del agradecido público.

Los que no nos entregamos tan pronto somos los que tenemos contraído el hábito, acaso ingrato, de considerar una obra literaria por todas sus fases antes de declarar rotundamente que es la maestra, la primera de cuantas salieron de manos del autor, como declararon bastantes diarios de la corte á las pocas horas de haberse estrenado *Un crítico incipiente*. Quizá nos mostramos ahora recalcitrantes porque antes éramos justos y no desconfiábamos del



JUGADORES DE BOLOS, cuadro de Meissonier



EL VENTORRILLO, cuadro de Meissonier

UNA LECTURA EN CASA DE DIDEROT, cuadro de Meissonier

talento de Echegaray hasta el punto de creer que no diese tela para una comedia hermosa, no vulgar. La ductilidad de un ingenio tan rico, tan cuantioso, no nos coge de nuevas: al sentarnos en el palco del teatro Español el día 27 del pasado, no llevábamos el glacial presentimiento de desconfianza traducible en estas ó parecidas frases: «En buena se ha metido el autor.»

No era atolladero; y si lo fuese, de él saldría Echagaray tan lucidamente como supo salir. Pero tampoco fué milagrosa primavera, que diese vida á las flores más lozanas. Mi obligación estricta es escribir lo que juzgo verdad, y juzgo verdad que *Un crítico incipiente*, comedia, no puede eclipsar ni siquiera igualar (atendida la diferencia de géneros) al *Gran galeoto*, *O locura ó santidad*, dramas del mismo autor.

Para escribir una sátira literaria, destinada á la escena, que se acerque á la perfección suma, se necesita ser un Moratín; un ingenio atildado, recortado, prudente, mesurado por naturaleza, y al par intencionado como un toro. Echagaray es todo lo contrario. Impetuoso y exuberante, no guía al asunto, sino que el asunto le arrastra, le precipita ó le encumbra dominándole siempre. En el drama, en el conflicto de las pasiones, dejar la rienda á la inspiración puede obrar maravillas. El juicio literario es puramente reflexivo, y ha menester, al expresarse en el teatro, asociar ideas complejas, conocimientos múltiples, basarse en una cultura variada, indigesta en su desnudez, y para que el público la digiera, concentrarle en una sola gota de esencia crítica. Esto hizo Moratín, y por eso dice con justicia Menéndez y Pelayo: «En la *Comedia Nueva* derramó toda su cáustica vena contra los devastadores del teatro, produciendo la más asombrosa sátira literaria que en ninguna lengua conozco, y que quizá no tenga otro defecto que haber querido el autor, para hacer más directa y eficaz la lección de buen gusto que se proponía dar, presentarse bajo la máscara del único personaje realmente antipático de tan regocijada obra.»

El principal error de Echagaray, que Moratín no habría cometido, porque era maestro en el arte del castor, de cercenar lo superfluo y peligroso, es haber dado á la obra la extensión de tres actos. Con un asunto puramente reflexivo é intelectual no se puede sostener tanto tiempo á la misma altura la comedia, sin ir repitiendo y por consiguiente desvirtuando efectos. En el primer acto, y hasta la mitad del segundo, es un recurso francamente cómico que el dramaturgo don Antonio varíe de opinión respecto al novio de su hija, el joven crítico y autorcillo Enrique, según este muchacho juzga en los periódicos las obras del futuro suegro. A la larga, no obstante, se va gastando este resorte, y lo que al pronto parece observación aguda sobre la incurable vanidad literaria, se convierte en demostración de que el protagonista del drama adolece de inveterada tontería. Sí: en el último acto D. Antonio, á fuerza de reincidir en su vanidosa simplicidad, está á dos dedos de convertirse, de figura, en figurón de sainete. Asimismo las siluetas de los dos críticos, el idealista y el naturalista, siluetas trazadas á brochazos, pero con evidente felicidad, van descubriendo más á cada acto el procedimiento efectista del autor, y extremando por necesidad, para no perderlo, su carácter simbólico, empiezan por alegoría y acaban, si nos descuidamos, por caricatura. La esposa del dramaturgo, la que encarna el sentido práctico, el Sancho femenino de la comedia, con sus dejos de aquella salada Mariquita que sentía no llorar perlas á fin de que su hermano no tuviese que escribir disparates, es quien menos pierde con la amplificación de un asunto que no presta, ¿verdad, discreto Inarco?, sino para dos actos muy cortos; y así y todo pierde, se hace cansada, como aquellos viejos de Troya que se empeñaban en inspirar cautela á la fogosa juventud. A la chiquilla Luisa no la agracia tampoco el pasarse tres actos mortales repitiendo en varios tonos que se quiere casar, que le corre mucha prisa, que á la Vicaría, que marido. Si la obra tuviese sus proporciones naturales, y apareciese reducida á sus justos límites, no caería el telón del primer acto dejándonos en la incertidumbre, ó persuadidos de que el asunto es el drama de Pepe, cuando luego resulta que es el de su padre y la crítica sangrienta que de él hace su propio hijo, y la inverosimilitud de que la familia toda de D. Antonio y los periodistas y críticos que le rodean ignoren que él es el autor del discutido drama, resultaría, en menor espacio, más velada, menos chocante.

Hay que reconocer á D. José Echegaray (entre tantos méritos como le adornan) uno muy especial, que en esta ocasión entrañaba arduas dificultades. A cuantos escribimos mal ó bien, se nos ha pasado alguna vez por las mentes el capricho de retratar, á nuestro modo, en novela ó drama, la vida literaria de nuestra época, la vida que todos vivimos. Y hemos retrocedido, por mí hablo, ante el exceso de información, la abundancia de datos y pormenores, que prestaría á la proyectada obra carácter chismográfico, en cierto modo libelístico, lo más aborrecible que puede haber para quien tenga noción de decoro. Siendo las personalidades literarias tan contadas y tan conocidas, hay riesgo de incurrir en indiscreciones y faltas de delicadeza, ó de que la malicia vaya más allá que nuestra intención, y recargue lo que el autor apenas insinúa. Echegaray, persona de excelentes condiciones de carácter (muy distintas por cierto de las de Moratín), ha sabido, con suma discreción, sortear el escollo. Los espectadores, siempre engolosinados por el aliciente de la *clave*, no acertaban á descifrar la de la *comedia nueva*. Sólo á uno de los personajes creyó la gente que podía atribuirle un nombre... y acaso fué suposición gratuita, pues no he oído que la confirmasen los mejor enterados. Allí no vimos hiel, ni alusiones desolladoras, ni retratos, ni veneno: dígase en honor de la sana complexión moral del ilustre dramaturgo.

He nombrado tantas veces, á propósito de *Un crítico incipiente*, la obra maestra de Moratín hijo, que no he de omitir una observación. Moratín atacaba nuestro Teatro antiguo en nombre del clasicismo y las unidades aristotélicas, que eran entonces la doctrina nueva. Echegaray no defiende, en su comedia, escuela literaria alguna, ni impugna las que pudieran ser antitéticas á su dogma propio. Sólo dirige sus tiros contra la crítica, sin distinción de escuelas; pues tan mal librado sale de sus manos Peláez, el relamido clasicón, como Barroso, el tosco abogado del *calor de humanidad* y del *deseo tirando del músculo*. Verdad que por unos y otros ha sido vapulado, negado, contundido, reprendido, aconsejado, contenido y moralizado el autor de *En el seno de la muerte*. Pero á él no le duelen esas heridas hasta enconárse-le: á él le sobra calma, toda la que falta á sus personajes, que son de lo más vehemente, *súpito* y arrebatado que en dramas puede verse. Siga, pues (no es consejo, ¡pobre de mí!, es súplica de aficionado, de admirador, de *diletante*); siga haciendo comedias literarias, que tal cual es la primera, nos ha dado un rato delicioso, nos ha refrigerado y nos ha probado una vez más que en Echegaray existe veta, veta, veta,... veta de plata nativa y maleable.

LA CASA DE MEISSONIER EN EL BOULEVARD MALESHERBES

MEISSONIER

Juan Luis Ernesto Meissonier nació en Lyón en 1815: su padre fué comisionista de ultramarinos y su madre había aprendido á pintar porcelanas y miniaturas con la célebre Mme. Jacottot: de ella heredó el hijo el germen de sus aptitudes artísticas, el temperamento nervioso que se traducía en lágrimas al oir música de un gran maestro y la extremada sensibilidad en punto á la crítica.

Niño todavía, fué Meissonier llevado á París: un parte del colegio en donde hizo sus primeros estudios señalaba en el alumno «una tendencia demasiado acentuada á dibujar en sus cuadernos en vez de escuchar las explicaciones de sus profesores.»

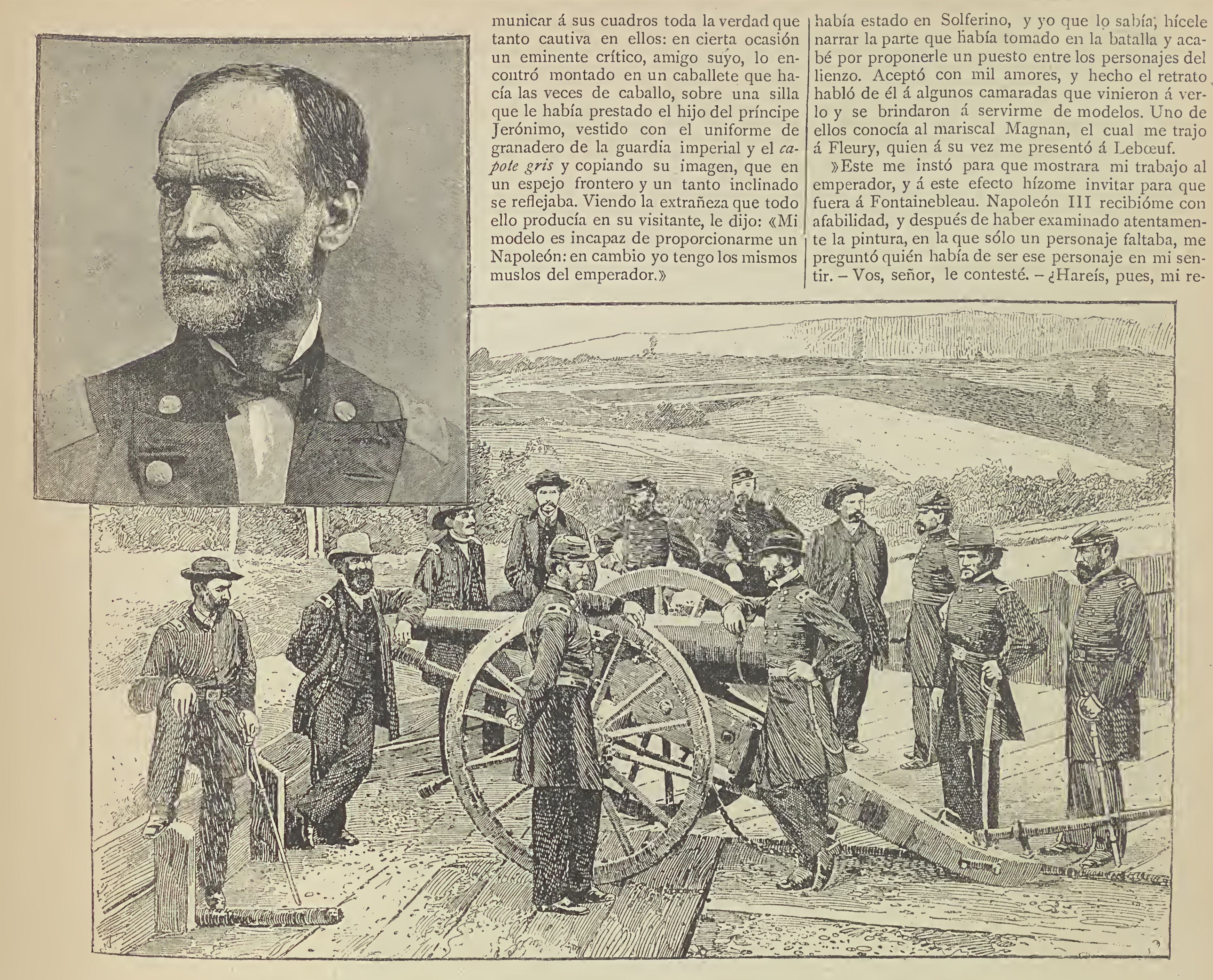
El oficio de su padre no le satisfacía; la droguería no era su ideal. El hallazgo de las cajas de colores de que se sirviera su difunta madre y la amistad de Luis Steinheil le impulsaron por la senda del arte. Después de estudiar algún tiempo al lado de Julián Potier, antiguo gran premio de Roma, entró en casa de León Cogniet y aunque sólo permaneció cuatro meses en el taller de éste, esa corta temporada influyó poderosamente en su porvenir artístico. En efecto, el maestro preparaba el techo para el Louvre *La expedición de Egipto*, y para ello recibía en un cercado agregado á su estudio á soldados vestidos con el uniforme de los republicanos, dragones y hasta artilleros con sus caballos; allí adquirió Meissonier, poco amante de copiar las figuras de yeso ó el modelo desnudo, ese espíritu de observación personal que constituye la nota característica de toda su obra. Por consejo de su amigo, el dibujante Trimolet, estudió en el Louvre los grandes maestros que le atraían por la verdad de las actitudes, de los trajes y de la disposición escénica y por la exactitud local de los tonos; pero los estudió sin copiar sus pinturas, porque la idea de la copia repugnaba á su temperamento independiente.

En vista de que la escasa pensión que le pasaba su padre (15 pesetas al mes) no le permitía tomar lecciones de Pablo Delaroche, que le exigía por ellas 20 pesetas mensuales, resolvióse Meissonier á pintar abanicos y estampas religiosas, siendo á poco solicitado para colaborar en la ilustración de una hermosa cuanto rara edición de *Pablo y Virginia* y para proporcionar varios tipos á los *Franceses pintados por sí mismos*, é ilustrando una edición en dos tomos, hoy difícil si no imposible de encontrar, de *La caída de un ángel*, de Lamartine.

También se dedicó á grabar al agua fuerte, pero de estos grabados sólo se imprimió *El fumador*, del que se hizo una tirada muy corta, cuyos ejemplares alcanzan hoy precios fabulosos.

Como pintor dióse á conocer Meissonier por vez primera en el Salón de 1834, exponiendo un cuadro, *Menestrales flamencos* y una acuarela que fué adquirida en 100 pesetas por la Sociedad de los Amigos de las Artes, de París.

En 1836 ve admitidos los cuadros *Jugadores de ajedrez* y *El pequeño mensajero*, que el Jurado del año anterior había rechazado; en 1838 expone un *Religioso consolando á un enfermo*, que adquirió por 500 pesetas el duque de Orleáns; en 1839 el *Doctor inglés* mereció de Julio Janin los calificativos de «encantadora miniatura al óleo, una de las más delicadas y espirituales que se han producido.» En 1840 aparecen un *San Pablo*, un *Isaías* y un *Lector*, y Meissonier obtiene una medalla de tercera clase; en 1841 conquista la de segunda clase con su *Partida de ajedrez*; en 1842 un *Fumador* y un *Muchacho tocando el violoncello* aumentan su fama, que queda



RECUERDO AL GENERAL NORTE-AMERICANO GUILLERMO TECUMSEH SHERMAN, fallecido en Nueva York el 4 febrero

El general Sherman y su estado mayor en las trincheras levantadas delante de Atalanta. (De una fotografía del tiempo de la guerra.)

definitivamente sentada en 1843 con dos *Retratos* y un *Pintor en un taller*. Dos años después el público se deleitaba ante un *Cuerpo de guardia*, un *Joven contemplando unos dibujos* y una *Partida de piqué*. En el *Parque de Saint-Cloud*, que siguió á éstos, el paisaje era de Francais y de Meissonier las figuras con trajes del tiempo de Luis XV.

Desde entonces queda tan fijamente determinado el modo de pintar del maestro, que no se hace ya necesario seguirle paso á paso en las etapas de su carrera artística.

Las arrugas de los vestidos tienen en los retratos ó en los personajes de Meissonier una importancia que, lejos de ser exagerada, no hace sino traducir abiertamente las costumbres de fortuna, trabajo y carácter del modelo y del tipo. A propósito de esto, merece consignarse la siguiente anécdota que refiere M. Steinheil:

«Cuando Meissonier se casó, tenía ya formada una parte de su *biblioteca de trabajo*, es decir, una colección incomparable de calzones cortos de ratina, medias de colores, zapatos con hebillas, largos chalecos, chupas con bolsillos, sombreros de fieltro, pelucas, bastones de junco y joyas de hombre y de mujer: sólo le faltaba ropa blanca. En vano hacía cortar á su mujer camisas, chorreras y puños: nada de esto le satisfacía, pues cuando estudiaba un grabado de Gravelot ó un agua fuerte de Chodoviecki, observaba que la ropa no formaba los mismos pliegues que la que ponía á su modelo; lo cual le tenía fuera de sí. Un día llegó á su casa con aire de triunfo: había ido á la Biblioteca Real y habiendo pedido la *Enciclopedia*, leyó en el artículo *Ropa blanca* que la tela ó la batista se cortaba al bies en vez de cortarla al hilo como hacen las modernas costureras, siendo esta la causa de la mayor flexibilidad de aquellos pliegos que tan á mal traer le traían.»

Meissonier apelaba á todos los recursos para comunicar á sus cuadros toda la verdad que tanto cautiva en ellos: en cierta ocasión un eminente crítico, amigo suyo, lo encontró montado en un caballete que hacía las veces de caballo, sobre una silla que le había prestado el hijo del príncipe Jerónimo, vestido con el uniforme de granadero de la guardia imperial y el *capote gris* y copiando su imagen, que en un espejo frontero y un tanto inclinado se reflejaba. Viendo la extrañeza que todo ello producía en su visitante, le dijo: «Mi modelo es incapaz de proporcionarme un Napoleón: en cambio yo tengo los mismos muslos del emperador.»

De pintor de conciencia llevada á la exageración le acredita, entre otros, el hecho siguiente: estaba copiando á su modelo en traje de húsar y llevaba dos horas sólo en estudiar y reproducir el mosquetón suspendido en bandolera á la espalda de aquél. El trabajo, á juicio de persona competentísima que lo vió, resultaba acabado, y sin embargo Meissonier, impaciente, desesperado, «¡No es esto, decía, torpe de mí! ¡Soy un ignorante en pintura! Sólo Gerome sabe pintar de primera intención; en cuanto á mí, nunca aprenderé mi oficio;» y esto diciendo, tomó un cuchillo y borró todo lo hecho, á pesar de que al día siguiente había de entregar el cuadro, con gran instancia solicitado.

La guerra de Italia fué causa de que el pintor de género se transformara en pintor militar. Los recuerdos que vivían en su memoria desde su paso, allá en sus mocedades, por el estudio de Cogniet, se despertaron con intensidad apenas rotas las hostilidades con Austria. Meissonier se hizo agregar al estado mayor, siguió todas las operaciones de aquella campaña haciendo croquis y tomando apuntes y asistió á la batalla de Solferino.

El mismo Napoleón III le sirvió de modelo para el cuadro que lleva por título el nombre de esta batalla; y he aquí en qué términos refería el pintor tan notable suceso:

«A la verdad este era un punto que me tenía vivamente preocupado. Sabido mi pasión por la exactitud, que me hizo volver á Solferino para rehacer, en presencia del natural, el paisaje de la batalla, harto se comprenderá cuánta importancia tenía para mí que el emperador fuera mi modelo siquiera cinco minutos. Para conseguirlo trabajé con empeño y habilidad, viendo coronados por el éxito mis esfuerzos. Al efecto comencé por bosquejar el cuadro, y luego invité á un oficial amigo mío á que como militar me diera su parecer sobre mi obra. Este oficial había estado en Solferino, y yo que lo sabía, hícele narrar la parte que había tomado en la batalla y acabé por proponerle un puesto entre los personajes del lienzo. Aceptó con mil amores, y hecho el retrato habló de él á algunos camaradas que vinieron á verlo y se brindaron á servirme de modelos. Uno de ellos conocía al mariscal Magnan, el cual me trajo á Fleury, quien á su vez me presentó á Lebœuf.

»Este me instó para que mostrara mi trabajo al emperador, y á este efecto hízome invitar para que fuera á Fontainebleau. Napoleón III recibióme con afabilidad, y después de haber examinado atentamente la pintura, en la que sólo un personaje faltaba, me preguntó quién había de ser ese personaje en mi sentir. – Vos, señor, le contesté. – ¿Hareís, pues, mi retrato?, repuso; ¿y cómo os las compondréis para ello? – Pintándolo con ayuda de mi memoria y de algunos documentos populares. – Pero todo esto no valdrá lo que una sesión conmigo, replicó el emperador. ¿No os parece así, M. Meissonier? – ¡Quién lo duda, señor! Pero... – Pues bien: nada más fácil. Montemos á caballo y vayamos á dar un paseo: por el camino hablaremos y podréis estudiarme á vuestro gusto.

»Encantado de la ocasión que se me presentaba, inmediatamente combiné el más mefistofélico plan. Mi antiguo amigo Jadin tenía precisamente su taller en Fontainebleau: hacia allá procuré que nos encamináramos, y cuando llegamos á la puerta del estudio me atreví á proponer al emperador que hiciéramos una visita al artista. Napoleon III aceptó sonriendo la propuesta, y hétenos en el taller del bueno de Jadin, que lo que menos esperaba era vernos entrar á S. M. y á mí y que vestido con el traje de trabajo fumaba indolentemente su pipa. El emperador, á quien la aventura divertía en extremo, no quiso que Jadin se molestara, y encendiendo un cigarro sentóse á horcajadas en una silla y se puso á charlar alegremente con el pintor mientras yo, haciéndome con el primer lápiz que á mano me vino, dibujaba lleno de entusiasmo el modelo por quien tanto había suspirado. La improvisada sesión duró media hora larga y sirvióme, no sólo para el Solferino, sino también para el otro lienzo que existe asimismo en el Luxemburgo»

La campaña de 1870 á 1871 produjo en Meissonier impresión profunda, y como en la de Italia, quiso entonces seguir las operaciones del ejército francés, creyendo asistir á victorias que la triste realidad trocó en desastres. Estuvo en Metz antes del sitio; pero á instancias de los oficiales, que no quisieron que se malograra con una muerte obscura aquella gloria de la patria, abandonó la plaza la víspera de la batalla de Borny, dirigiéndose á París. Durante

LA DISPUTA, cuadro de Meissonier

1814, cuadro de Meissonier



¡A VUESTRA SALUD!, dibujo de J. de Wodzinski

ese penoso viaje, que hizo solo y á caballo, fué varias veces detenido por los alemanes, que le tomaban por espía, y encarcelado en Etain; siendo á poco puesto en libertad, gracias á la notoriedad de su fama. Tres días después llegaba á Poissy, en donde organizó una guardia nacional; pero al tener noticia del desastre de Sedán y al saber que el enemigo se apercibía á poner cerco á París, corrió á encerrarse en la capital, obteniendo del gobierno un grado elevado en el estado mayor de la guardia nacional.

Terminada la guerra, volvió á empuñar sus pinceles y á reanudar su vida artística; habiendo producido desde entonces, entre otras obras admirables, las preciosas joyas conocidas con los títulos de «1807» «1806» y «1814,» episodios de las guerras de Napoleón, que fueron respectivamente expuestas en el salón de 1874, en la Exposición Universal de 1889 y en el salón del Campo de Marte de 1890, iniciado y organizado por Meissonier en competencia con el salón oficial de los Campos Elíseos.

Aunque no hemos de analizar las cualidades que adornaron al gran pintor, pues sobradas veces han sido proclamadas, no queremos terminar este artículo sin consignar cuáles fueron las más valientes que en su modo de ser como artista reconoció universalmente la crítica; á saber: exactitud en las expresiones, fisonomías, gestos y actitudes; el dibujo intachable y el color homogéneo; la claridad del enunciado y la sorprendente comprensión de las épocas; la absoluta verdad de las personas y de las cosas; la voluntad tenaz, imperiosa y triunfante, y la perfección suma de los toques de su pincelada.

De estas cualidades permiten formarse idea los grabados que publicamos y que reproducen las más importantes de sus obras.

En punto á recompensas, Meissonier obtuvo las que puede apetecer un artista bajo todos conceptos; incluso la gran cruz de la Legión de Honor. que se le concedió después de la última Exposición Universal de París y que antes que á el no se había otorgado á artista alguno. Sus cuadros alcanzaron precios fabulosos, á pesar de su reducido tamaño, habiéndose hace poco pagado por el «1814» la suma de 850.000 francos.

La influencia artística de Meissonier fué grande; su autoridad indiscutible. Puede decirse que aun después de muerto ha influído en los destinos del arte francés, y quién sabe si en los de la política de su patria: la carta publicada por su viuda á propósito de la participación de los artistas franceses en la próxima Exposición de Berlín, y la posterior negativa de éstos de concurrir á ella, así permiten afirmarlo. La idea de que Meissonier no hubiera consentido en que sus cuadros figurasen en un certamen organizado por los sitiadores de París, ha sido, por decirlo así, el golpe de gracia que ha matado las esperanzas de los que desean una reconciliación, siquiera en el terreno artístico, entre los dos grandes pueblos que mantienen en perpetua amenaza á la paz europea.

X.

GREGORIA

(EPISODIO EJEMPLAR)

(Continuación)

Mi ingreso de interna en el colegio nos preocupó en gran manera, aparte del sentimiento natural de ver llorar á mi mamá, que no parecía sino que nos despedíamos para toda la vida. Nunca lo olvidaré; la tarde antes de su marcha me condujeron mis padres al establecimiento, hablaron algún rato con la directora, y de allí á poco me hicieron entrar en el salón de visitas en que se hallaban y por cuyos alrededores andaba yo atisbando. Mi padre procuraba hacerse el distraído mirando los trabajos premiados de pluma y labores del último examen, que encerrados en pulidos marcos colgaban de la pared. Yo, sin embargo, noté que estaba violento por un movimiento especial de dedos que le había visto hacer en algunas ocasiones cuando se sentía contrariado, cual si tocase el piano en el aire. En cuanto á mi madre lloraba á más no poder; su semblante muy pálido y abatido causábame grande tristeza, y acabé por unir mis lágrimas y sollozos con los suyos. «Vamos, dijo mi padre, procurando separar á mi mamá de mi lado, no hay motivo para tanto; ya sabes que todo esto te perjudica.» La directora también intentaba consolarla señalándole algunas de mis planas que formaban parte de la colección premiada. Vino, por último, á poner fin á esta triste escena la llegada de otros señores que aprovechaban la hora de asueto para visitar á algunas compañeras. Mi mamá saludó ligeramente, y dándome un beso se dirigió á la puerta sin volver la cabeza y con cierta precipitación; mi padre la siguió, no sin cogerme antes la cabeza con ambas manos y con gran fuerza, besándome con ruido en las mejillas. Yo quedé muy triste en medio de la sala sin atreverme á dar un paso, hasta que volviendo la directora, que había salido con mis padres, me mandó pasar al gran jardín, donde se encontraban la mayor parte de las compañeras, lo mismo las pensionistas que las externas, á quienes dejaban en el colegio, por su propia voluntad, durante la hora de recreo de la tarde. Muchas de ellas tenían á sus familias ó criados largo rato esperando, no queriendo separarse del jardín donde tan bien lo pasábamos. Verdad es que allí se jugaba tan á gusto y con tanta libertad, que el rato de asueto parecía siempre corto, y veíamos aparecer las estrellas y sonar el toque de oraciones cuando el juego más nos entretenía.

La presencia de mis amigas queridas disipó mi tristeza, y el aspecto animado de aquel hermoso jardín llamó mi atención por diversos modos. La gran fuente del centro elevaba á gran altura su grueso surtidor, que caía, convertido en espuma, en la taza de mármol, de la cual, por cuatro hermosos caños, se precipitaban produciendo alegre ruido abundantes chorros de agua que desbordaba por todos lados, humedeciendo la glorieta y mojando á las chicas más atrevidas, que se empeñaban en mantener á flote pequeños barcos de papel, que una vez abandonados á aquel hervidero desaparecían en el remolino, para luego aparecer de nuevo mojados y deshechos.

Otras compañeras jugaban al volante en el largo paseo que dividía el jardín en dos mitades; las demás allá hacían largas guirnaldas moradas y pajizas con finos espartos y abundantes dondiegos, que recogidos en la falda de antemano, iban alargando aquella sarta ordenada y bien oliente. Dos de mis más queridas amigas, Agueda y Sofía, hablaban separadas por un arbusto, cuyas ramas apartaba la primera dejando un espacio por donde asomaba su linda cara. «No os acerquéis,» dijo otra que nos salió al pasc; y luego añadió con cierto misterio y bajando la voz: «Están jugando á novios.»

En otro rincón, algunas colegialas habían reunido sus meriendas y las distribuían en partes iguales por mano de la de más edad, que hacía de mamá, y á quien todas llamaban así á vuelta de grandes risas.

En medio de aquel animado cuadro, encontrábame indecisa luchando entre mi disgusto y el deseo de acompañar á mis amigas. Solicitada por algunas me dejé conducir de la mano, y aunque no tomé parte activa en sus recreos presencié sus juegos y así acabé de pasar la tarde.

El toque de la campana nos reunió á todas en la sala de estudio donde debíamos permanecer hasta las nueve. Larga se me hizo esta primera noche; con la vista fija sobre los libros volvía las hojas maquinalmente sin comprender lo que decían; echaba de menos la velada en mi casa al lado de mis padres, donde mientras estudiaba las lecciones me entretenía grandemente con cualquier motivo, haciendo el rato más llevadero. Luego, que varias noches acudían visitas acompañadas de algunas niñas, con las cuales, previa la venia de sus padres, jugaba en otras habitaciones. No era, pues, extraño que encontrase serio y por demás severo todo lo que me rodeaba: aquellas cabezas inclinadas sobre las respectivas carpetas; aquellas caras de uniforme gravedad; el rozar de la pluma sobre el papel, el tic-tac acompasado de gran reloj puesto á la derecha de la mesa, el imponente son de las campanas al sonar el toque de ánimas; todo esto me hizo pasar aquella primera noche de colegio muy triste, teniendo necesidad de enjugar las lágrimas que á cada instante corrían por mis mejillas

Sonaron las nueve, y á una señal de la profesora leyó Gregoria la jaculatoria de costumbre, pidiéndole á Dios aprovechase el estudio que habíamos hecho. Llamó desde luego mi atención el tono con que Gregoria leyó aquella hermosa oración, notando por primera vez que Gregoria leía muy correctamente.

IV

Desde la época de la primera comunión había pasado año y medio, y la situación de Gregoria entre nosotras poco había variado en todo este tiempo. No se la juzgaba tan mal como al principio, pero nadie se cuidaba de ella, y más que apreciada era tolerada y aun compadecida, sin despertar por esto simpatías. Ella procuraba no molestarnos, y en cuanto á mí me servía en todo aquello que estaba en su mano. Luego después sus ocupaciones en el colegio, distintas de las nuestras, establecían y ahondaban el alejamiento en que la teníamos, sin cuidarnos para nada del santo de su nombre. Madrugaba más que las colegialas, cuidaba por encargo de la directora de asear las mil muestras y dibujos de las clases de pintura y escritura; cambiaba las plumas de los lapiceros y recogía las agujas del suelo, dejándolo todo muy bien colocado y ordenado en su respectivo sitio. En suma, desde el último invierno, Gregoria había entrado de interna en el colegio, más como una sirviente distinguida que como otra cosa, aunque concurría con nosotras á las clases y comía en la mesa general en las horas de refectorio. La directora la quería mucho, y siempre que hallaba ocasión, sin nombrar para nada á Gregoria, nos encargaba, mirándola muy disimuladamente, que fuésemos cariñosas y deferentes con las personas que se encontrasen en posición inferior á la nuestra. «El orgullo, nos decía con frecuencia, es en los privilegiados la mayor de las desgracias, porque oculta siempre una gran necedad; en los pobres, por el contrario, la dignidad exagerada dentro de su escacez es digna de todo respeto. No establezcáis en vuestras afecciones otras diferencias que las que instintivamente os lleven á depositar vuestra confianza en la persona que juzguéis digna de ella. El corazón rara vez se engaña en estas cosas, y la sabia providencia comparte equitativamente sus dones.»

Matias Méndez Vellido

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

El general norte-americano Guillermo Tecumseh Sherman. – El 14 de febrero último falleció en Nueva York el que en la República de los Estados Unidos fué hace algunos años comandante en jefe del ejército y compartió con los generales Grant y Sheridan la gloria de ser uno de los más afortudados caudillos de la guerra de Secesión. Guillermo Tecumseh Sherman nació en Lancáster (Ohío) en 8 de febrero de 1820; educado en West Point, alcanzó el grado de teniente de artillería en 1840, sirviendo en seguida en las guerras de la Florida y de Méjico. En 1853 se retiró del ejército y entró á desempeñar un empleo civil, pero seis años más tarde aceptó el cargo de superintendente de la Academia Militar de Luisiana, que dimitió en 1861 cuando estalló la guerra civil y Luisiana se unió á la Confederación. Diósele el mando del 13. regimiento de infantería en los Estados del Norte, y después de la batalla de Bull's Run fué nombrado brigadier-general de voluntarios, tomando inmediatamente parte en la serie de operaciones que terminó con la toma de Vicksburg, y en las batallas que se libraron en los Estados del Oeste. En 1863 obtuvo el grado de brigadier-general del ejército regular, y pocos meses después sucedió al general Grant en el mando de la división del Tennessee. A los seis meses sucedió también á Grant en el mando de la división del Missisipí y emprendió con éxito brillante una serie de operaciones en Georgia (distinguiéndose muy especialmente en la toma de Atalanta, á consecuencia de la cual ascendió á mayor general), en Tennessee y en las Carolinas. Después de la rendición de Atalanta dió comienzo á su famosa marcha hacia el mar, movimiento que, quizás, contribuyó más que cualquier batalla á poner de manifiesto la debilidad de los Estados del Sur. En diciembre de 1864 llegó á Savannah, y en 1865 á Charleston, después de una ligera escaramuza, logrando el día 26 de abril del propio año la rendición del general Johnston, con lo que la guerra quedó virtualmente terminada.

En 1866, el general Sherman fué nombrado teniente general al mando de la división del Missisipí, y cuando el general Grant fué elegido Presidente de los Estados Unidos, sucedióle nuevamente en el puesto de general del ejército, que abandonó en 1.º de noviembre de 1884, en cual fecha pidió el retiro reemplazándole el general Sheridan.

Sherman no quiso mezclarse absolutamente en política y cuando Grant acabó su segundo período de presidencia negóse resueltamente á ocupar el primer puesto del gobierno de la República, que indudablemente habría alcanzado con sólo haber consentido en que lo eligieran.

Desde que se retiró del ejército, Sherman vivió tranquilamente consagrado á su familia, apartado por completo de los públicos negocios y haciendo frecuentes viajes á Europa.

Su entierro fué un verdadero acontecimiento en Nueva York; no otra cosa merecía el que después de haber proporcionado días de gloria á su patria no ambicionó más que el respeto y el cariño de sus conciudadanos.

¡A vuestra salud!, dibujo de J. de Wodzinski. – Por bien pagados pueden darse los que han ofrecido á esa linda muchacha la copa de champagne que lleva á sus labios y apura en actitud graciosa hábilmente reproducida por el dibujante: no una copa del espumoso vino, sino un tonel del néctar de los dioses, si á mano lo tuviéramos, daríamos porque á nuestra salud bebiera ese dechado de belleza y encantos, y aun imaginaríamos superior al obsequio el premio de tal modo y por tales labios otorgado.

¡Bien haya el artista que trazó tan hermosa figura! Al que de tan seductoras formas sabe revestir el sentimiento estético, al que ha logrado producir una obra que de una manera tan grata recrea los ojos y alegra el corazón, sendero cubierto de rosas debe parecerle el camino de la vida, que para muchos sólo abrojos y espinas ofrece.

EL ANILLO DE AMASIS

NOVELA ORIGINAL DE LORD LYTTON, ILUSTRADA POR A. BESNARD

(CONTINUACIÓN)

Aquel período no fué el menos instructivo de mi educación profesional; y con frecuencia había visto á los más ilustres prácticos que parecían niños hostigados por moscardones, cuando debían combatir contra ese verdugo infinitamente pequeño, pero tan tenaz, que las hermosas damas llaman «sus nervios.»

En Francia, si el médico es considerado y admitido por la clase media como amigo de la casa, la alta sociedad no le tolera sino en la alcoba, cuando el temor á la muerte suprime por algunos días barreras que la convalecencia se apresurará á levantar de nuevo; y sin embargo, las prescripciones para los males inherentes á la vida del gran mundo no pueden tener buen éxito si las condiciones sociales que las engendran son completamente desconocidas. Yo deseaba profundizar estas condiciones, y sabía muy bien que no era posible conocerlas en la sala de un hospital, donde el estudiante debe endurecerse y ser insensible para no perder ninguno de los movimientos del profesor que liga la arteria femoral del número 73, y después pasa apresuradamente al núm. 87, sin detenerse ante el lecho donde se ha cubierto ya con el sudario el núm. 78.

Con este objeto dejé mi habitación del muelle de San Miguel para ocupar otra muy lujosa de la calle de la Paz, y por primera vez fuí á visitar á los parientes de mi padre. Borré de mis tarjetas el título de doctor en medicina, adquirido con tanto trabajo, y sustituíle por aquel que debía tan sólo á un accidente de nacimiento. Aquellas visitas me proporcionaron muy pronto una infinidad de invitaciones en el mundo elegante; compré un caballo inglés de pura sangre, y entretuve mis horas más agradables paseando por el bosque de Bolonia. No era este sitio entonces el bosque banal de hoy, consagrado á las vanidades de la moda y del *demi-monde*, sino el antiguo bosque de hace muchos años, cuyas espesuras silenciosas constituían el encanto de los que gustaban de la soledad. A este lugar prefería yo ir siempre por la tarde, y estaba entonces bastante desierto, sobre todo durante los últimos meses del verano, pues en aquella época la estación parisiense terminaba mucho antes que ahora. Solté la brida sobre el cuello del caballo, y mientras el animal avanzaba á la ventura, entreguéme á dulces meditaciones, recorriendo aquellos frescos y verdosos retiros, tan inmediatos á París, y sin embargo tan lejanos del mundo: Suresnes, Monte-Calvario y las espesuras de oxiacanto, en medio de las cuales brillaban las aguas cristalinas y silenciosas de la balsa de Auteuil. Allí había ido una tarde paseando poco á poco desde el pueblo vecino, donde había dejado mi caballo, y llegué á la balsa precisamente á tiempo para ver reflejarse, á través de la espesura, los últimos fulgores de la puesta del sol de octubre. Un sauce llorón surgía del bosquecillo é inclinábase sobre el agua, y sobre él elevábanse dos ó tres álamos de Italia. La brisa de la tarde les llevaba tal vez noticias de su país. Me senté en el tronco de un árbol que los leñadores abandonaran sobre la hierba, y como se hallaba en la extremidad de un claro, mi vista abarcaba hasta el horizonte. Algún tiempo después de ponerse el sol una faja luminosa persistió aún en el Occidente, y en el cielo divisábanse algunas grandes nubes de color agrisado, cuyos bordes inferiores parecían tener franjas de oro; más arriba los tintes purpúreos se prolongaban en considerable extensión, y el agua dormía invisible bajo las sombras acumuladas del bosque, donde comenzaban á reinar las tinieblas.

«He aquí, pensé yo, el verdadero santuario de la soledad.»

En aquel instante, y en medio del silencio más profundo, oí una voz gritar: «¡Caín, Caín!»

En lo repentino de aquella voz y en su tono había á la vez algo que me hizo estremecer; miré al punto á mi alrededor, mas no pude ver ningún ser humano.

Las avecillas permanecían mudas en sus nidos; la voz parecía salir del sitio donde vi el sauce inclinarse sobre la balsa; mas en aquel momento estaba tan sombrío, que no pude distinguir el árbol ni objeto alguno.

Mientras había creído estar completamente solo, aquel aislamiento me pareció encantador; mas entonces, la idea de encontrarme en aquella soledad con una persona invisible y desconocida inspirábame una especie de horror sobrenatural. Estoy seguro que no fué el temor de un robo ni de un asesinato lo que me hizo retroceder ante la idea de registrar la espesura de donde partió el sonido que me hizo estremecer; pero cualquiera que fuese la causa del pavor que experimenté, privóme de todo movimiento.

El silencio era casi intolerable, cuando le interrumpió de nuevo la misma voz que salía del mismo sitio.

«¡Sí!, gritó la voz (yo podía oir claramente todas las palabras que pronunciaba), si estás resuelto á aniquilarme, ¿por qué persigues sin tregua al que no teme la muerte? ¿No te he buscado por todas partes? ¿No he descubierto mil y mil veces este pecho que encierra un corazón atormentado sin cesar?... ¡Hiere! Moriré sin proferir una queja; pero por el amor de Dios, no me persigas más mostrándome esos dedos suplicantes, pues bien sabes que no puedo cogerlos. La maldita amatista me atravesó con su rayo diabólico... ¡Me abrasa..., me abrasa!...»

La voz dejó de hablar, y de pronto vi salir á un hombre de las tinieblas; franqueó rápidamente el claro, y desapareció de nuevo en las profundidades de los bosques contiguos. Durante un momento, al atravesar el espacio libre, entreví su rostro, que estaba vuelto hacia mí, y á la dudosa claridad del crepúsculo parecióme de una blancura sobrenatural... Era el semblante del *Caballero enlutado*.

A duras penas me recobré del asombro producido por aquella aparición. La luz no llegaba hasta mí sino por algunos claros, y las sombras que el bosque proyectaba eran tan densas á un lado y otro, que apenas se podía distinguir á aquel hombre. Yo no le había visto antes más que una vez, hacía cuatro años, y sin embargo, reconocí aquella figura en el momento de herir mi vista: verdad es que no era fácil que la olvidara quien una sola vez siquiera la hubiese visto.

En ninguna parte encontré nunca al conde de Roseneck durante mi permanencia en París, y ni siquiera oí hablar de él. ¿Habría vivido en completa reclusión ó acababa de llegar? De todos modos, ¿qué podía hacer á semejante hora en aquel sitio solitario? Cierto que yo también estaba, atraído por mi inclinación al reposo y las bellezas de aquella soledad campestre, á la que tan fácil me era trasladarme; pero aquella dolorosa reprensión de que yo había sido oyente involuntario, no fué proferida seguramente por uno que va en busca de lo pintoresco. ¿Y á quién se dirigía y por qué?... Entonces recordé los rumores que circulaban á bordo de *La Lorelei* sobre el estado mental de la esposa del conde. ¿Sería posible que también éste fuera presa de alguna terrible alucinación?... Fatigado al fin de aquellas conjeturas que no me permitían deducir nada en concreto, y notando que el aire comenzaba á ser húmedo y frío, me levanté para volver al pueblo. Entretanto, la noche había cerrado del todo; no era una noche cálida, y sin embargo la atmósfera, muy pesada, parecía haberse cargado de electricidad. Monté á caballo para volver á mi casa algo apresuradamente porque ya era tarde y amenazaba la tempestad. Sin embargo, grande era mi preocupación, porque pensaba en los acontecimientos de *La Lorelei*, pues la curiosidad que en mí excitaran en otro tiempo se reavivaba de pronto con más fuerza que nunca por lo que acababa de oir. Comenzaba á soplar un viento muy penetrante, que levantaba ante mí en el camino blancas columnas de polvo, las cuales, arremolinándose una tras otra, parecíanme fantasmas. Yo las veía claramente, porque era una de aquellas noches en que el cielo parece más sombrío que la tierra, y el suelo proyectaba como un resplandor opaco de color gris que no provenía de la luna ni de las estrellas. A lo largo del camino que mi caballo recorría á rienda suelta, observé esas formas blancas que pasaban rápidamente y agolpábanse hasta que parecían girar dentro de mi cabeza; tan pronto corrían junto á mí como se adelantaban, cerniéndose sobre el camino cual si me amenazasen; comprendí que atraían la tempestad, y que ésta se acercaba rápidamente. Con la impresión del hombre perseguido por un peligro terrible, galopé á través de aquellas nubes de polvo, pero muy pronto estuvieron frente á mí; entonces sentíme dominado por una sensación extraña, y figuréme que emprendía una carrera desesperada para alcanzar algún premio fantástico, y que si no alcanzaba la victoria estaría perdido para siempre.

De improviso en la sombría copa de lo que yo tomaba por un árbol del camino vi una pálida aparición; estaba sentada, y sus ojos parecían seguirme á mí y á los espectros, lanzados en aquella carrera frenética. Una mirada me bastó para reconocer en aquel fantasma á la mujer que hacía años vi sentada en la misma actitud sobre el puente de *La Lorelei*. Sin duda se le había caído el chal, y sus hombros desnudos, blancos y brillantes, parecían de frío mármol; su larga cabellera ondeaba á merced del viento. La aparecida entonaba con voz débil un cántico indefinible, canto de triunfo y de dolor á la vez. En aquel momento mi caballo se atemorizó; solté la brida y el estribo, y cogíme al cuello del cuadrúpedo. Un instante después todo á mi alrededor se transformó como en un sueño.

El bosque había desaparecido; en su lugar veíase una costa de aspecto lúgubre, negra, escarpada, contra la cual iban á estrellarse las embravecidas olas del mar. Yo no me cogía ya del cuello de mi caballo, sino de los restos de un buque destrozado por la tempestad, mientras que á mi alrededor nadaban desesperadamente multitud de blancos fantasmas que habían naufragado como yo. Poseídos de ardientes deseos, de envidia, de amor y de cólera, luchábamos en medio de las alborotadas y espumosas olas; pero el desencadenamiento de nuestras pasiones era más violento aún que el de nuestra naturaleza. A lo lejos, y á mucha altura, dominando aquella hedionda escena, La Lorelei lo veía todo, sentada en su trono de piedra. Impasible y blanca, cantaba siempre su extraña melopea. De vez en cuando fijábase su mirada en la multitud de siniestros nadadores; si uno de ellos se acercaba, contemplábale con ojos fríos é indiferentes, y entonces el náufrago, presa de un espasmo supremo, desaparecía en el torbellino de las olas sin proferir un grito. Después llegó mi turno, La Lorelei y se fijó en mí; pero en vez de aterrarme con su mirada, esta pareció filtrar en mi corazón un sentimiento de piedad y una ternura infinita.

«¡Oh, misteriosa desamparada!, exclamé, no me quejo de tu aislamiento, porque he adivinado su secreto; pero compadézcome de ti. Ya sé que esos desgraciados son víctimas de sus propias pasiones, y que no eres tú quien los hace morir. Te comprendo, y mi corazón te responde; tú eres la voz de nuestra alma, la aspiración hacia lo ideal, sin cesar combatido por las realidades de la vida, que comunican á tu canto los asuntos dolorosos de un deseo siempre abrasador y nunca satisfecho.»

Sus hermosos ojos se dulcificaron, y vi brillar en ellos una lágrima; inclinóse hacia mí, me alargó su blanca mano..., presenté la mía, y cogí... ¿qué?

No lo supe hasta algunos días después cuando comencé á reponerme de los efectos de mi caída del caballo.

Un cochero que volvía de Auteuil con su vehículo desocupado me encontró desvanecido en el camino, sin duda por haber chocado yo contra un árbol, pues tenía fuertes contusiones en la frente. Con el pie enganchado probablemente en el estribo, debía presumirse que el caballo me arrastró á varios metros de distancia, porque mis manos estaban laceradas y el pardesú destrozado. Por fortuna llevaba tarjetas en el bolsillo, y el cochero pudo saber así las señas de mi casa.

Al desnudarme mi criado, encontró en mi mano crispada un papel en parte roto, escrito con unos caracteres que le fué imposible leer, y creyendo que serían notas de interés científico le guardó.

Apenas entrado en la convalecencia apresuróse á

entregármelo: la escritura era alemana; pero el papel estaba tan roto y estrujado, que ya iba á tirarle con la impaciencia del hombre enfermo, cuando mis ojos se fijaron en estas palabras: «¡Mano fatal, completa tu obra!»

Esto bastó para que concentrase toda mi atención, y con grandes dificultades conseguí recomponer las frases siguientes, quedando algunas incompletas porque ciertas partes del papel habían desaparecido:

«¡Mano fatal, completa tu obra! ¡He aquí mi cuello; yo le ofrezco á tu mano vengadora!... ¡Y... tú, que para mí eras más que un hermano!... ¿Qué espíritu diabólico te impulsó á pedir la muerte? ¿No había dado yo toda la dicha de mi corazón y la salvación de mi alma en gaje de ese anillo maldito?...

»...¡Sí!; después, semejante á un romano á la voz del augur, me lancé en medio de mortíferos combates, suplicando á los dioses que me concedieran la muerte y me devolviesen á mi madre, la tierra... ¡Todo fué en vano!... ¡Inútilmente arrostraba el peligro en los picos del Cáucaso, bajo la tienda del beduíno y á traves de las furiosas tempestades del Báltico; siempre y en todas partes encontré la horrible intervención de la mano!... ¡Siempre y en todas partes tu formidable protección, inevitable mano de espectro!»

Aquí terminaba este fragmento, acerca de cuyo autor no podía abrigar yo la menor duda... ¿Qué misterioso agente había puesto este papel entre mis manos?... ¿La Casualidad?... ¿No sería más bien el Destino? El *Caballero enlutado* debía haber seguido el mismo camino que yo para volver desde Auteuil á París, y tal vez no se hallaba lejos en el momento de mi caída. El papel era evidentemente la hoja desprendida de un diario íntimo, y no tenía fecha. ¿La habría escrito recientemente ó algunos años antes? El triste momento de que formaba parte debía en todo caso estar en su poder la noche en que yo le vi cerca de la balsa de Auteuil. ¿Le habría dejado caer sin saberlo, estrujándole y arrojándolo lejos de sí en un paroxismo de disgusto, sin suponer que la obscuridad de la noche y el bosque solitario pudiesen revelar jamás el secreto que particularmente se les confiaba? Este pedazo de papel era lo que yo había creído coger en el estado de vertiginosa angustia en que me hallaba; y el papel, impulsado sin duda por el viento, espantó á mi caballo al flotar delante de él.

De este modo todo se explicaba: mi caída tuvo por resultado una fuerte conmoción cerebral, y la visión que me acosó no fué sino consecuencia de ella. En todo caso, aquel fragmento de diario que tan singularmente llegó á mi poder, revelaba las impresiones de un hombre sometido, según todas las apariencias, á las alucinaciones permanentes ó periódicas de un carácter muy distinto del de aquella que me sobrecogió, no siendo posible atribuirlas ninguna causa física análoga. Despertando en mí el más vivo interés, imprimieron una nueva dirección á mis estudios, y desde entonces consagré una solicitud particular al examen de los fenómenos mentales, que ofrecen á las investigaciones del fisiólogo el dominio oculto de la psicología.

Por el mismo tiempo, poco más ó menos, concebí el proyecto de escribir un tratado sobre las sensaciones subjetivas. La nota siguiente, redactada en aquella época, resume con bastante exactitud mis ideas sobre aquella cuestión, y la transcribo aquí, no porque yo quiera atribuirle un valor cualquiera, sino porque tiene una íntima relación con el drama que me propongo referir.

APARICIONES Y ESPECTROS

«¿Qué se entiende por apariciones y espectros? ¿Son ilusiones de la imaginación? Sí, seguramente, por lo menos para nosotros, que no hemos conocido la experiencia personal del espectro;... mas al visionario que ve fantasmas, tan sólo podríais demostrarle una cosa, y es que no veis lo que él ve. Para él la prueba de la aparición es su aparición misma. Al *Cogito ergo sum* del filósofo, añade *Agit ergo est;* mas por lo pronto dejo á un lado todos esos fenómenos espectrales que tienen por origen causas puramente físicas, como, por ejemplo, «el perro negro del cardenal Crescentino,» etc... Ocupémonos ahora tan sólo de las afecciones del espíritu, fijándonos, si queréis, en un criminal. La pasión que se ha posesionado del cerebro de aquel hombre se convierte en su *fatum*. Supongamos que el asesinato sea necesario para realizar su designio; la ocasión le pone el puñal en la mano, y la víctima cae bajo sus golpes. El culpable despierta entonces de su largo sueño de asesino con un cuchillo ensangrentado en la mano; antes del crimen le ha impulsado, por decirlo así, la obsesión de sus visiones criminales, y después del delito estas mismas reproducirán de continuo á sus ojos la escena sangrienta en que hizo las veces de verdugo; mas yo no conozco ningún caso de un hombre que haya sido perseguido siempre y periódicamente por espectros que no tuvieran su origen en alguna acción conocida ú oculta de su vida real.»

Esta nota sirvió de asunto para una obra publicada por mí mucho más tarde, que dió uno de los resultados más imprevistos, sin el cual no se habría escrito nunca este relato.

III

LA CASA DE LA CALLE DE HELDER

Desde aquel acontecimiento todas mis tentativas para obtener alguna noticia exacta respecto al conde de Roseneck no dieron resultado. Después de tomar algunos informes en la embajada de Alemania y en los principales hoteles, deduje que habría salido de París, y pensé tanto menos en continuar mis investigaciones, cuanto que yo también debía marchar pronto.

Cierta noche algunos jóvenes con quienes había comido quisieron que les acompañase á una célebre casa de juego, situada en la calle de Helder, y que en aquella época era el punto de reunión de los parisienses viciosos. Al seguir á mis amigos cedí á un impulso de pura curiosidad, pues nunca me cautivó mucho el juego, y hasta creo que es la única pasión que no tiene nada de elevado. Ninguna cosa de las que entonces vi fué propia para hacerme cambiar de parecer, y ya iba á retirarme con cierta impresión de disgusto, cuando de pronto me detuve al oir algunas palabras pronunciadas por uno de los jugadores que rodeaban el tapete verde. «Es extraño, decía, quince veces ha puesto ese caballero al encarnado y otras tantas ha salido.»

Me deslicé, no sin trabajo, hasta la primera fila para ver al jugador que con tan buena suerte apuntaba, excitando la envidia y la admiración de todos los allí presentes: un montón de oro y varios fajos de billetes de banco, colocados ante el individuo, indicáronme al punto quién era aquel favorito de la ciega fortuna.

Durante un momento permanecí inmóvil y estupefacto al reconocer en aquel personaje al conde de Roseneck.

Y en el mismo instante su presencia me recordó, de una manera casi trágica, todos los detalles de la escena ocurrida á bordo de *La Lorelei*, pues noté en su fisonomía esa misma calma, esa impasibilidad que en otro tiempo contrastaban tan singularmente con la agitación de las olas que á su alrededor mugían.

Otro banquero acababa de tomar los naipes; nadie es tan supersticioso como los jugadores, y así es que cuando se vió al conde dejar su puesta en el tapete sin cambiar la elección del color, la gran mayoría de los puntos puso su dinero al encarnado.

Entonces presencié una cosa extraña, increíble.

En el mismo instante en que el banquero abría la boca para decir: «¡Está hecho el juego, no va más!,» vi con toda claridad que el montón de oro y billetes se alejaba automáticamente del conde, cruzaba la mesa y deteníase en el negro.

Todo cuanto yo pude observar en aquel movimiento de la puesta fué una especie de centelleo muy vivo, semejante á los visos producidos por una piedra preciosa, y que pasó como un relámpago sobre la mesa. No podía explicarme el testimonio contradictorio de mis ojos; por un lado tenía la certidumbre material de que la puesta había cambiado de sitio, y por el otro estaba dispuesto á jurar que el conde, cuyos ademanes observaba yo con profunda atención, se había mantenido con los brazos cruzados desde el instante en que le vi, sentado, inmóvil y sin tomar al parecer el menor interés en el juego.

Sea lo que fuere, el extraño jugador había subyugado la suerte por la décimasexta vez, haciendo saltar la banca; y lo que me pareció más asombroso aún, es que ni los banqueros, cuya vista ejercitada sabe estar en todas partes, ni los jugadores desgraciados hicieron ninguna protesta sobre la validez de aquella última jugada. ¿Era yo solo, pues, quien había observado aquel fantástico incidente?...

De improviso prodújose cierta agitación entre los concurrentes: los banqueros se levantaron presurosos, como poseídos de espanto; todo el mundo estaba de pie, y todas las miradas se fijaban en el gran señor siciliano. Su rostro, pálido y sin color, parecía contraído por las convulsiones íntimas de un terror profundo; sus ojos se habían abierto desmesuradamente, y sus labios presentaban un color azul lívido. Quiso levantarse, pero vaciló y cayó pesadamente sobre la alfombra, donde permaneció inmóvil como si estuviese muerto. Se le transportó á la habitación contigua, á la cual le seguí en mi calidad de médico; por fortuna llevaba mi estuche, y desnudando el brazo del conde practiquéle una sangría. Todos los concurrentes me habían seguido, pero yo les rogué que se retirasen, pues no necesitaba ayuda, y permanecí solo con el paciente.

Aunque pálidas aún, las mejillas recobraban poco á poco su color natural, y la expresión de terror pintada en sus facciones había desaparecido ya, notándose ahora en todo su ser una especie de soltura que le comunicaba la calma de un niño dormido. En aquel instante podía leer en su semblante como en un libro abierto, y adiviné, bajo sus nobles facciones, ya marchitas, un pesar inmenso; pero cuanto más las estudiaba, más respeto y compasión me inspiraba aquel hombre. Todas las líneas de su rostro eran dolorosos y vivos testimonios de crueles padecimientos; pero no se revelaba en ellas nada vil, bajo ni vulgar.

Un suspiro y un ligero estremecimiento de todos los miembros advirtiéronme al fin que el conde recobraba todos sus sentidos, y entonces me separé de él; pero un instante después tendió hacia mí su brazo libre, é hízome seña para que me acercara. Obedecí al punto, cogióme la mano, y fijó en mí una mirada penetrante. Satisfecho sin duda del resultado de su examen, sonrió con singular dulzura, y me dijo:

– Creo, caballero, que esta no es la primera vez que nos encontramos, y tengo el presentimiento de que no será la última. No emplearé ciertas frases triviales y de buena política para dar á V. las gracias: pero hágame el favor de acompañarme á mi casa, y allí, si lo juzga necesario, podrá seguir dispensándome sus visitas. Ahora ya puedo andar sin dificultad.

Estreché su mano á mi vez, é inclinándome silenciosamente fuí á pedir un coche. En la habitación inmediata encontré al gerente de la casa de juego, quien me detuvo con una pregunta.

– Dispense V., doctor, una sola palabra. ¿Y el dinero?...

Por la puerta entornada el conde oyó esta pregunta; entró y dirigióse al gerente.

– Mucho siento, dijo, las molestias que acabo de ocasionar involuntariamente. Este caballero...

Interrumpióse para mirarme, y añadió:

– Dispense V., aún no sé cómo se llama.

Díjele mi nombre, saludóme y prosiguió:

– El señor de V... tendrá la bondad de ir á casa de V. para disponer de la mitad de mis ganancias de la manera que yo indique; ruégole que distribuya el resto entre el personal de la casa en compensación de la molestia que ha sufrido por mí.

El coche esperaba en la puerta, subí con el conde, y durante todo el trayecto no pronunciamos una sola palabra. Roseneck ocupaba en el arrabal de San Germán una espaciosa habitación que, á pesar de algunos objetos artísticos, parecía haber sido alquilada con todos los muebles. En el criado que nos abrió reconocí al anciano servidor á quien había visto ya á bordo de *La Lorelei;* díjele que su amo acababa de sufrir una ligera crisis, y le dí algunas instrucciones para la noche. El viejo movió la cabeza con expresión melancólica y oíle murmurar: «¡Todavía,... todavía!... ¡Señor, tened compasión de nosotros!»

El desfallecimiento del conde era visible. Al separarme de él recomendéle el reposo, y me contestó con una sonrisa llena de amarga ironía.

A la mañana siguiente fuí exacto á la cita que me había dado. Introdujéronme en un gran salón, cuyas ventanas daban al patio, y observé que en el aspecto sombrío y severo de aquella estancia nada indicaba la presencia ó la mano de una mujer. Por lo demás, tuve tiempo de mirarlo todo á mi alrededor, pues el conde no entró hasta al cabo de un rato. Cuando se presentó no vi ya en toda su persona el menor vestigio de las excitaciones y fatigas de la víspera.

– Tiene V. á la vista, mi querido doctor, dijo, una prueba viviente y lisonjera de su talento, y débole una noche tranquila y un sueño reparador; mas por lo pronto hágame el favor de tomar asiento, y sepa que me ha prestado un doble servicio. Asuntos de la mayor urgencia, que se resentirían muy gravemente si los retardase, me obligan á marchar hoy, y gracias á la solicitud de V. no tengo ya motivo alguno para temer los efectos de un viaje bastante largo. Según le decía ayer, darle gracias por esto sería trivial; pero permítame, y con esto será mayor mi agradecimiento, dirigirle una súplica. Me avergüenza mucho el dinero que V. me vió ganar la noche última, y sin embargo debo confesarle que no tomé el menor interés en aquel juego tan apasionado para los demás concurrentes. Yo no soy jugador, y solamente la curiosidad me condujo á la calle de Helder. Quise ante todo pagar mi entrada con una humilde puesta,

y si dejé todo mi dinero en el tapete verde fué con el único objeto de perderlo. Ya sabe V. el resto de la aventura.

Al pronunciar estas últimas palabras, noté en sus labios un temblor nervioso.

– Cuando V. me dijo su nombre, continuó, recordé haberlo oído pronunciar por amigos de su familia materna, con quienes he tenido fugaces relaciones, y conozco, por lo tanto, el noble objeto á que ha consagrado su existencia. Hágame usted, pues, el favor de aplicar la mitad de mis ganancias de la noche última al alivio de miserias que mi ligera ofrenda no podría socorrer sin la bondadosa intervención de V., y en adelante...

Yo iba á contestar, pero contúvome con un ademán, y prosiguió:

– En adelante, cuando conozca usted un infortunio digno de interés, considéreme como su banquero; yo se lo suplico. Dos palabras de usted, dirigidas á Larnstein, cerca de Breslau, informándome sobre aquellos á quienes desea aliviar, le permitirán hacer por lo menos una persona feliz. Adiós; presiento que nos volveremos á ver, mas ignoro la causa, la época y el punto de nuestra futura entrevista.

Estas palabras me parecieron una manera cortés de terminar la visita; prometíle, pues, satisfacer sus deseos y retiréme.

De este modo la solución de aquel enigma, que durante tanto tiempo me había preocupado, seguía siendo un misterio.

. . . .

Algunos días después de haber cumplido las últimas órdenes del conde, salí definitivamente de París para regresar á Berlín, poniéndome fijar aquí mi residencia permanente; mas al cabo de dos años obtuve el título de catedrático de medicina en la Universidad de Breslau, y me establecí en esta capital. Mi madre quiso vivir en mi compañía, y murió después de ver realizadas sus más queridas ilusiones al casarme con una joven que ella hacía largo tiempo deseaba tomase por esposa. Esta unión doblaba mi renta, la cual había aumentado ya por el continuo ejercicio de mi profesión, de modo que pude entonces consagrar mucho tiempo á mis investigaciones favoritas, y dí mi primer paso en el mundo literario y científico de Alemania con un folleto titulado: *Teoría de las Apariciones, Visiones, Espectros*, etc.

En aquel opúsculo había intercalado, desarrollándolas, algunas de las observaciones hechas durante mi permanencia en París; pero ¡ay de mí!, así como otros muchos, este folleto murió al nacer. Sin embargo, el creciente interés que mis trabajos me inspiraban hízome olvidar muy pronto el mal éxito de mi publicación.

Cierta noche al volver, ya tarde, de una conferencia celebrada con uno de mis colegas, mi criado me anunció que un desconocido esperaba en mi gabinete. Era ya más de media noche; pero el médico debe estar á todas horas dispuesto á servir á sus clientes.

Al entrar ví un anciano de elevada estatura y ya encorvado; pero como en la habitación había poca luz, no le reconocí hasta que habló. ¡Aquella ruina era el conde de Roseneck, en otro tiempo tan gallardo, tan vigoroso y tan imponente!...

En rigor conservaba un aspecto de dignidad melancólica, la del vencido; pero el abatimiento parecía haber surcado más las líneas de su boca; tenía en el rostro muchas arrugas, y su cabello, aunque abundante, era completamente blanco.

Algunos hombres conservan el aspecto de la juventud hasta el extremo límite de la edad madura; pero á menudo se da entonces el caso de que el tiempo, como para vengarse de una resistencia tan larga á sus ataques, les hace caer de pronto en una decrepitud desproporcionada con el número de sus años. Tal había sucedido con el conde, que parecía una estatua mutilada por el tiempo. Nos saludamos con cierta confusión.

– Doctor, dijo al fin, no vaya V. á figurarse que he buscado esta entrevista para volver á quedar en falta con V., como en otra ocasión hice. Cuando la casualidad de un viaje le condujo á encontrarme por primera vez, hace algunos años, la insistencia de su mirada me produjo una impresión desagradable; después, en dos circunstancias, V. fué testigo involuntario é imprevisto de escenas en que pudo verme entregado á extrañas y profundas emociones, y entonces comprendí que no era solamente la casualidad la que formaba así un lazo entre personas tan separadas por las relaciones ordinarias de la vida. Cuando nos encontramos en los salones de la calle de Helder, conocía ya ¡demasiado tarde, ay de mí!, su presencia cerca de la balsa de Auteuil en la noche que yo creía hallarme completamente solo. Más tarde, en diversas épocas de mi vida, me sentí invenciblemente atraído hacia V.; pero hasta aquí me he resistido á dar un paso, cuyo mal éxito podía aniquilar mi última esperanza, y por lo tanto si me ve V. esta noche en su casa es porque la fuerza que me impele ha sido más poderosa que mi voluntad.

Estas palabras, pronunciadas sin la menor apariencia de emoción, turbáronme profundamente; presentí que la solución de aquel secreto que con tanta ansiedad deseaba descubrir se iba á revelar de una manera espontánea; pero, cosa singular, esta perspectiva, lejos de complacerme, inspirábame una especie de repugnancia y de terror. Uníase á la vehemencia de mi deseo por conocer el secreto, la mortificación de la duda y el temor inexplicable que produce un mal presentimiento.

Para que el conde se hubiese decidido á dar semejante paso, era en realidad preciso que los tormentos de su alma hubiesen llegado á ser insoportables.

Esta idea me infundió vagas inquietudes sobre la naturaleza de las confidencias que se proponía hacerme; era probable que se apelara á mí para emitir un juicio que podía tener graves consecuencias sobre la suerte de aquel infeliz, y faltábame resolución para asumir irreflexivamente tan pesada responsabilidad.

En su consecuencia, guardé silencio, pareciéndome poco digno disimular mis preocupaciones con algunas palabras triviales, que por otra parte no habían de sentar bien en tales momentos.

Traducido por E. L. Verneuill

(Continuará)

Sus ojos parecían seguirme á mí y á los espectros (Véase la pág. 171.)

SECCIÓN CIENTÍFICA

QUIMICA RECREATIVA

El agua es el resultado de la combustión del hidrógeno en el oxígeno, de suerte que es un protóxido de hidrógeno, y se solidifica á una temperatura que se ha tomado como cero en la mayor parte de las escalas termométricas, pudiendo en tal estado presentarse bajo la forma de cristales.





EL AGUA. – Análisis de un agua potable

¿Quién no admira las dentelladas líneas y las extrañas figuras que aparecen dibujadas en los vidrios de las ventanas y balcones después de una noche fría de invierno? Estas elegantes arborescencias están formadas por pequeños cristales prismáticos de seis facetas ó de forma de estrellas de seis puntas difíciles de distinguir á simple vista. También la escarcha se posa á menudo sobre las amarillentas hojas que el otoño ha arrancado, en forma de partículas estrelladas, cuya agrupación caprichosa ofrece notable elegancia.

Si recogemos sobre un pedazo de cartón negro un copo de nieve, veremos que éste no reviste una forma cualquiera, sino que está constituído por una porción de pequeños cristales, de los que también está formado el hielo, á pesar de su aspecto homogéneo. Fácil es evidenciar este hecho cortando de un bloque de hielo una laminilla muy delgada, en cuya imagen proyectada sobre una pantalla blanca se advierten gigantescos cristales estrellados de seis puntas.

El hielo es plástico. – La presión rebaja el punto de fusión del hielo. Esta ley, comprobada por los físicos por medio de experimentos muy precisos, ha permitido á Tyndal explicar el movimiento de los ventisqueros y explica asimismo un curioso experimento sumamente curioso debido á J. Thomson y que demuestra que el alambre con que los lonjistas cortan la manteca no sirve para cortar el hielo.

En efecto, tómese un pedazo de éste, colóquesele entre dos sillas de modo que su parte central quede en el aire y póngase atravesado en su parte superior un alambre con piedras ó pesos en cada uno de sus extremos: el alambre penetra en el hielo y muy pronto lo atraviesa de parte á parte, cayendo él y los pesos al suelo sin que el hielo se haya roto, y quedando solamente indicado por un juego de luz particular el camino por aquél recorrido.

Bajo la influencia de la presión, el hielo se ha derretido en los puntos que han estado en contacto con el alambre; pero como esa fusión necesita calor para realizarse, prodúcese un descenso de temperatura que congela encima del alambre el agua de la fusión resultante en cuanto vuelve á estar bajo la presión atmosférica, y poco á poco el hielo atraviesa toda la masa derritiéndose el hielo debajo de él y volviendo á congelarse encima.

Por qué no puede construirse un termómetro de agua. – El agua, desde el punto de vista de sus propiedades físicas, presenta una porción de felices anomalías que no parecen sino determinadas para el bienestar del hombre.

En primer lugar, su considerable cálor latente de fusión permite que la nieve se derrita lentamente, con lo que se evita, al llegar la primavera, la excesiva frecuencia de las inundaciones.

En invierno, la transición del agua al estado de hielo desprende calor suficiente para impedir un descenso demasiado rápido de temperatura; en la primavera, por el contrario, el hielo para derretirse absorbe calor, lo que evita un aumento brusco en el calor del aire.

La escasa conductibilidad del agua sólida para el calor nos evita todavía otros desastres; así, por ejemplo, la nieve que cubre los campos preserva con frecuencia la cosecha contra la helada. Esta misma propiedad, unida á la ligereza del hielo, hace que éste desde su formación flote sobre la superficie del agua, evitando así la congelación total de los ríos y de los mares.

En el estado líquido, su mucho calor específico es causa de la lentitud con que se calienta bajo la influencia del calor solar, á pesar de absorber la mayor parte de éste; asimismo cede muy difícilmente el calor que ha recibido, merced á lo cual son los mares un maravilloso regulador de la temperatura.

Otra propiedad muy notable del agua es su máximo de densidad, que se produce aproximadamente á á la temperatura de 4 grados bajo cero: á esta temperatura una masa de agua ocupa el volumen mínimo; resultando de aquí que, estando helada la superficie de un río, el fondo del agua, á menos de que sobrevengan fríos muy intensos, se mantiene siempre á una temperatura de unos 4 grados, insuficiente para producir la congelación de la misma, circunstancia en extremo beneficiosa para los peces.

Esta propiedad permite darse fácilmente cuenta de por qué no puede construirse un termómetro de agua, aun suponiendo muy bajo su punto de solidificación.

Un termómetro es un cuerpo que por las variaciones de su volumen da las correspondientes variaciones de temperatura, y para que sea útil es preciso que á un volumen dado del cuerpo termométrico corresponda siempre una temperatura dada. Pues bien: el agua no satisface esta condición: en un termómetro de agua, este líquido ocuparía á 9 grados, por ejemplo, cierto nivel que será más bajo á 7, 6, 5, y 4 grados; pero si la temperatura sigue descendiendo, el agua, á menos de 4 grados, aumenta de volumen; de suerte que á 3 su nivel será sensiblemente el mismo que á 5, á 2 se acercará al de 6, á 1 llegará al de 7, y á 0, antes de la congelación, se aproximará al nivel de 8 grados. Resultaría, pues, incertidumbre para todas las temperaturas comprendidas entre 0 y 9 grados, de modo que el tal termómetro, si bien aceptable para durante el rigor del verano, sería de todo punto inútil en invierno.

Modo de saber si un agua es ó no potable. – Para los usos industriales y domésticos, tales como alimentación de generadores de vapor, jabonado, etc., la mejor agua es la destilada; pero no sucede lo mismo en lo que atañe á la alimentación del hombre. El agua, en efecto, debe ser un alimento. Si abrimos el *Anuario de las aguas de Francia*, encontraremos en él las siguientes líneas: «Un agua puede ser considerada buena y potable cuando es fresca, limpia, inodora; cuando apenas tiene sabor no siendo desagradable, ni insípida, ni salada, ni dulce; cuando contiene suficiente aire en disolución; cuando disuelve el jabón sin formar grumos, y cuando cuece bien las legumbres.»

¿Cómo saber si una agua es potable?

Si contiene exceso de cal adviértese esto fácilmente; las legumbres se cuecen mal en ella porque la cal coagula uno de sus principios, la legúmina, y forma una costra que impide la cocción en el interior de aquéllas: además, disuelve mal el jabón, que forma en ella grumos, á consecuencia de la formación de un jabón de cal insoluble. Cuando un agua ejerce esta acción sobre el jabón, debe ser rechazada para todos los usos domésticos, para la alimentación en primer término.

La cal puede existir en el estado de sulfato ó de carbonato. Se conoce que un agua contiene exceso de carbonato de cal en que se enturbia por la ebullición á consecuencia del desprendimiento del ácido carbónico, único que hacía soluble el carbonato. Por medio de una reacción colorada es fácil ver si hay exceso de bicarbonato.

Tómese un poco de palo campeche, añádansele algunos centímetros cúbicos de alcohol y decántese y se obtendrá un licor amarillo: si se añade á éste agua destilada ó de lluvia, el color amarillo persiste; si el agua es potable, es decir, no contiene demasiado carbonato de cal, el licor tomará un tinte rosado y finalmente si el agua tiene exceso de carbonato, el color de aquél se volverá morado, como puede comprobarse echando en el licor de campeche agua de Vichy, de Vals ó de Saint Galmier.

La cal puede también estar en el agua en forma de sulfato, y en tal caso el agua se denomina selenitosa. Reconócense los sulfatos echando en el agua que se quiere probar algunas gotas de una solución límpida de cloruro de bario: si hay sulfatos, se obtendrá un precipitado blanco y pesado, de sulfato de barita, que se acumula rápidamente en el fondo; si el agua sólo contiene indicios de aquéllos, tomará simplemente un tinte turbio. Con las aguas de Sedlitz y de Epsom, muy ricas en sulfatos, el precipitado sería en extremo abundante.

También existen en las aguas algunos cloruros en pequeña cantidad: para probar su presencia basta verter en el agua unas gotas de una solución de nitrato de plata, con lo que aquélla se enturbiará ligeramente. Si hay exceso de cloruros se formará un precipitado blanco cuajado de cloruro de plata. Este precipitado resulta mucho más abundante si se hace el experimento con agua de Balaruc ó de Bourbon-l' Archambault y sobre todo con agua de mar.

Terminaremos este punto de las reacciones indicando otras dos. La cal, cualquiera que sea su estado (carbonato, sulfato ó cloruro), se reconoce por medio de una disolución de oxalato de amoníaco, con lo cual se forma un precipitado blanco de oxalato de cal, tanto más espeso cuanta mayor cantidad de cal contiene el agua. Este precipitado es sumamente caprichoso y no siempre se produce en seguida, por cual razón del hecho de que no se forme inmediatamente no debe deducirse que el agua está exenta de cal, puesto que aquél aparece apenas se agita vivamente el agua del vaso con una espátula.

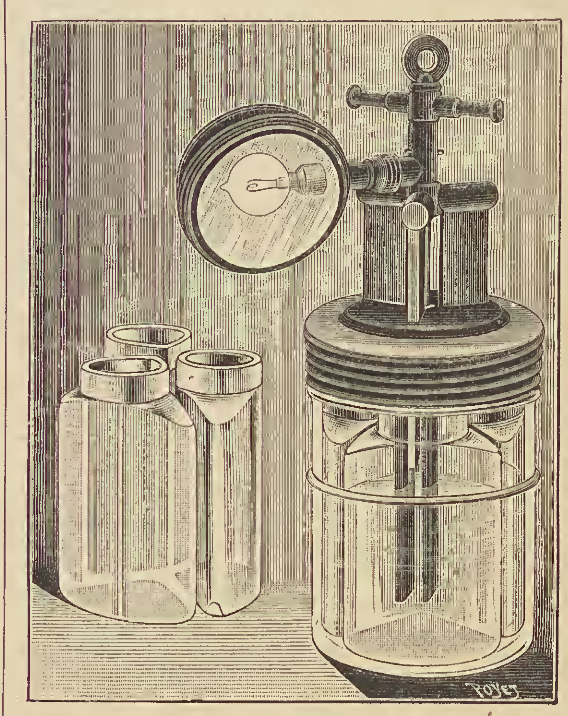
Por último, puede haber en el agua materias orgánicas y en este caso hay que abstenerse en absoluto de ella. Para conocer la presencia de tales materias se emplea un reactivo muy sensible, el permanganato de potasa, de un hermoso color morado.

Después de cuidadosamente diluído este reactivo en agua destilada, se le adiciona una gota de ácido sulfúrico y se le hace hervir con el agua que se quiere probar (véase el grabado): si desaparece el color morado, es señal de que el agua contiene materias orgánicas; si aquel color persiste, el agua es buena.

También puede calentarse el agua que se ha de analizar con cloruro de oro: si el tinte amarillo se vuelve rojo por transparencia y morado por reflexión, á consecuencia de un poco de oro pulverulento, el agua es mala.

La práctica de estas pruebas, inútil en aquellas ciudades en donde las aguas distribuídas á la población han sido cien veces analizadas, puede prestar grandes servicios en el campo cuando hay que beber aguas de pozo: de éstas, unas pueden ser excelentes y otras muy nocivas á consecuencia de la calidad de los terrenos vecinos ó de las filtraciones que llevan á ellas materias orgánicas.

El agua oxigenada. – Descomponiendo el bióxido de bario por el ácido clorhídrico, á la más baja tem-



Lámpara eléctrica para el desarrollo de los clisés fotográficos

peratura posible, en presencia de agua, se obtiene un líquido que contiene dos veces más de oxígeno que ésta: el bióxido de oxígeno ó agua oxigenada, cuyas propiedades oxidantes le dan cada día mayor importancia industrial, haciéndola necesaria, entre otras cosas, para el blanqueo de la seda de las plumas de avestruz y para la restauración de cuadros antiguos. Por la acción del ácido sulfhídrico que distintas causas (alumbrado, calefacción) desprenden en las habitaciones, el carbonato de plomo ó albayalde se transforma en sulfuro de plomo negro y las pinturas se ennegrecen: el agua oxigenada oxida el sulfuro negro que se ha formado y lo convierte en sulfato de plomo blanco.

Con el nombre poético de *agua de las rubias*, el agua oxigenada más ó menos diluída sirve, de algunos años á esta parte, para otra clase de restauraciones.

F. FAIDEAU

(De *La Science Illustrée*)

LA LÁMPARA ELÉCTRICA DEL FOTÓGRAFO

Los aficionados á la fotografía saben cuánta importancia tiene el alumbrado de su laboratorio durante el desarrollo de los clisés. Los aparatos de cristal encarnado iluminados por una lámpara de petróleo dejan á menudo mucho que desear: el humo y las oscilaciones de las mismas son un grave inconveniente cuando se tiene el clisé sumergido en el baño de desarrollo. M. Radignet, el hábil construc-

tor de aparatos eléctricos ha inventado uno ingeniosísimo para salvar tales dificultades: consiste en una pequeña lámpara de incandescencia que brilla dentro de un cristal rojo y que proporciona al fotógrafo la luz conveniente para sus operaciones. El aparato (véase el grabado) se compone de un bocal que contiene tres elementos al bicromato, reunidos en tensión, que alimentan el foco de una lámpara incandescente de cinco volts. Estos tres elementos vacíos son los que se ven á la izquierda del grabado al lado del conjunto del sistema y pueden fácilmente limpiarse y llenarse de líquido.

Los cincs que sirven á la pila están montados de tal suerte que es muy fácil sustituirlos por otros cuando están gastados: un sustentáculo central permite sumergirlos en el líquido para hacer funcionar la pila y retirarlos una vez terminada la operación.

El reflector que encierra la lámpara eléctrica puede moverse alrededor del aparato y además gira sobre un eje que permite dirigirlo hacia abajo é iluminar de esta suerte la vasija que contiene el baño del desarrollo. El reflector lleva para las operaciones fotográficas una lente movible de cristal encarnado ó de cualquier otro color, que puede suprimirse cuando se quiere utilizar la lámpara para el alumbrado ordinario.

Para servirse del aparato, basta bajar el triángulo metálico colocado en su parte superior, con lo que los cincs se sumergen en el líquido y se produce instantáneamente la luz: ésta se extingue en el acto levantando aquél. La intensidad del alumbrado puede regularse bajando gradualmente el triángulo, pero hay que tener cuidado en no exagerar la incandescencia de la lámpara porque podría romperse el filamento; esta precaución es más necesaria cuando el líquido no ha servido todavía. M. Radignet ha bautizado este aparato con el nombre de *electrofotóforo*.

(De *La Nature*)

ESTUDIO DE LA SRA. HERMIONE DE PREUSCHEN (Véase el artículo del núm. 479.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, núm. 5, Barcelona













IMP. DE MONTANER Y SIMÓN